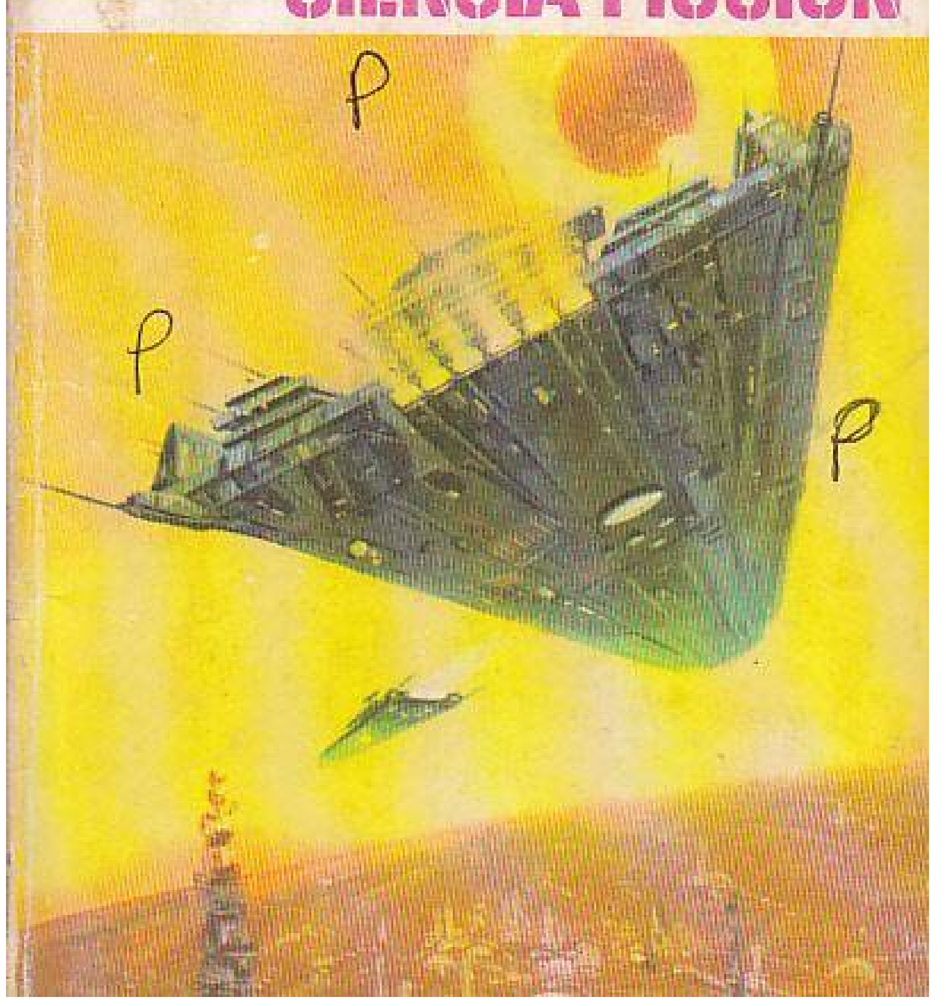
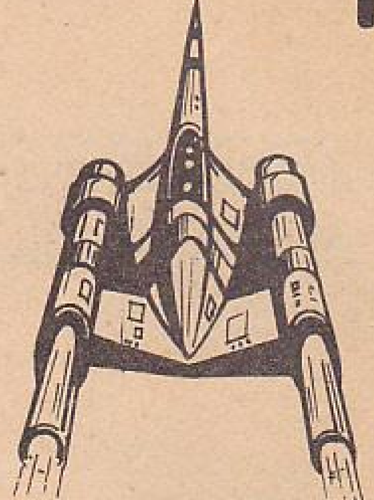
BRUGUERA
BOLSILIBROS
FUTURO
CONQUISTA DEL ESPACIO

EL REINO DE ZORA

Joseph Berna

CIENCIA FICCION





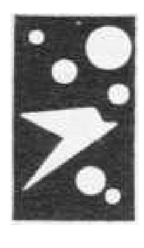
La conquista del ESPACIO

JOSEPH BERNA

EL REINO DE ZORA

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 703 Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS – MEXICO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

698 — *La invasión de los nictálopes.* Kelltom McIntire.
699 — *Microinvasión,* Law Space.
700 — *El viajero que vino del infinito.* Clark Carrados.
701 — *Génesis.* Lou Carrigan.
702 — *La nueva humanidad.* Law Space.

ISBN 84-02 02525 O
Depósito legal: B. 42.670-1983

Impreso en España
Printed in Spain

I.* edición en España: febrero. 1984 1.a edición en América: agosto. 1984

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S. A. Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Vallés IN-152, Km
21,6501
Barcelona
1984

CAPITULO PRIMERO

Año 2105.

La *Star-CX* regresaba a la Tierra.

Era una nave relativamente pequeña, pero moderna y veloz, en la que daba gusto viajar. Pertenecía a Kurt Fellner y Thick Shore, dos tipos jóvenes, dinámicos, aventureros, que alquilaban su nave a cualquiera que les pagase bien.

Lo mismo transportaban pasajeros que mercancías, no les importaba; como tampoco les importaba que el viaje fuera largo o corto. Llegaban hasta donde el cliente quería que llegasen, por muy lejos que fuera.

No les asustaba la distancia.

Eran dos tipos valientes, expertos, decididos, que confiaban plenamente en su nave y no temían quedar abandonados en el espacio sideral, sin posibilidad de volver a la Tierra.

Kurt Fellner tenía treinta y dos años de edad; el pelo negro, abundante y rizado; los ojos penetrantes, la nariz recta y el mentón firme. Era alto, ya que rozaba el metro noventa de estatura, y poseía una complexión fuerte y atlética.

Thick Shore contaba treinta y cuatro años; tenía el pelo rubio, muy corto; los ojos azulados, las orejas grandes y despegadas, la nariz chata, y la mandíbula cuadrada.

Una cara ruda, pero simpática, a lo que contribuían el hecho de que Thick se mostrara casi siempre risueño, ya que se trataba de un tipo muy alegre.

Le gustaba la broma. La diversión. Y sobre todo las mujeres. Le gustaban con locura.

Y Thick también solía gustar a las mujeres, a pesar de su cara de boxeador en activo. Y es que medía casi dos metros de estatura y era muy corpulento. Poseía unos músculos verdaderamente impresionantes.
Y con ellos, principalmente, conquistaba a las mujeres.
Las volvía locas con su poderosa musculatura.
Kurt y Thick regresaban del sistema Alfa-Centauro.
La Tierra estaba ya tan cerca que no tardaron a verla a través del mirador de la cabina de mandos.
Kurt, que pilotaba la nave, sonrió y dijo:
—Estamos en casa, socio.
—¡Ya era hora! —exclamó Thick—, Hemos estado tres semanas fuera, y eso es mucho.
—Hemos hecho viajes más largos.
—Lo sé, pero éste no ha sido de los cortos, precisamente. En cuanto posemos la nave en el astropuerto de Nueva Orleáns, me faltará tiempo para llamar a una de mis chicas.
—¿A cuál, Thick?
—Todavía no lo he decidido, pero creo que llamaré a Suzzanne.
—¿La pelirroja de pechos grandes?
—¿Esa! —asintió Shore, riendo.
—Es una yegua de mucho calibre, socio.

—Lo que yo necesito.
Ahora fue Fullner el que rió.
—Yo también haré una llamada en cuanto lleguemos, Thick.
—¿A quién?
—Dyan, seguramente.
—¿La rubia de piernas largas?
—Esa.
—¡También es una yegua de mucho
calibre, Kurt! —Me temo que sí. Los dos
socios rieron a la vez.
—¡Lo vamos a pasar fenomenal, Kurt!
—Desde luego.
Thick le apuntó con el dedo.
—Una cosa te quiero decir, Kurt.
—Te escucho, socio.
—Hasta dentro de una semana, como mínimo, no emprenderemos un nuevo viaje. Nos lo pida quien nos lo pida y nos ofrezcan lo que nos ofrezcan. Quiero estar siete días enteros, por lo menos, con la exuberante Suzzanne.
Fellner sonrió con ironía.
—¿no son muchos días, Thick?
—¿Muchos, dices?
—Esa «Miss Pechos» puede acabar contigo si no le pides una tregua después de los tres primeros días de combate amoroso.
Shore soltó una carcajada.
—¡La tregua tendrá que pedírmela ella!
—¿Estás seguro?
—¡Soy muy macho yo, Kurt!
—¡Un
fanfarrón,
eso es lo
que eres!
Volvieron a
reír los dos.
Después, Thick dijo:
—De acuerdo con lo de la semana entera de descanso, ¿eh, Kurt?
—¿A eso le llamas tú descansar?
—Bueno, con lo de la semana entera de diversión, si prefieres que lo llame así.
—Está bien, socio. Tendrás tus siete días enteros, como mínimo, de diversión. Y yo también, porque pienso pasarlos

con Dyan.

—¿Con tregua o sin tregua?

—Ya veremos.

—¡Esa «Miss Piernas» sí que es capaz de acabar contigo, Kurt! —aseguró Thick, riendo.

—De eso, nada. Tengo mucha experiencia yo, socio.

—¡Eres más fanfarrón que yo, Kurt!

Los dos amigos volvieron a reír. Estaban sobrevolando ya la Tierra.

Poco después, la *Star-CX* se posaba suavemente en el astropuerto de Nueva Orleáns, la ciudad en donde vivían Kurt Fellner y Thick Shore.

Kurt y Thick vestían sendos monos plateados, ligeros y cómodos, pero resistentes. Era su

indumentaria de vuelo, pero para salir de la nave se cambiaban y se colocaban sendos trajes.

Kurt se enfundó un traje azul brillante, de una sola pieza, muy ajustado. El traje de Thick, muy ceñido también, era de color rojo oscuro.

Cargados con sendas bolsas de viaje, los dos socios descendieron de la nave. Desde el propio astropuerto, Kurt llamó a la rubia Dyan y Thick llamó a la pelirroja Suzzanne, para hacerles saber que habían regresado a la Tierra, que se encontraban ya en Nueva Orleáns, y que deseaban verlas.

Dyan y Suzzanne se alegraron mucho y prometieron acudir lo antes posible al apartamento de Kurt y al de Thick, respectivamente.

Después, los dos socios tomaron un helimóvil y abandonaron el astropuerto. Allí, en Nueva Orleáns, eran las seis de la tarde y algunos minutos.

Una hora estupenda para los planes de Kurt y Thick.

A las seis y media en punto el helimóvil se posaba en la azotea del edificio donde vivía Thick, quien se despidió de su socio.

—Hasta la vista, Thick.

—Que te diviertas, Thick.

—Tú también.

—Gracias, socio.

Thick descendió del aparato volador y se alejó rápidamente de él. El helimóvil se elevó nuevamente.

Escasos minutos después se posaba en la azotea del edificio donde vivía Kurt.

Este pagó el servicio y descendió del vehículo volador, caminando hacia el ascensor. Lo alcanzó, se introdujo en él y pulsó el botón de la planta 35, porque en ella tenía su apartamento.

El artefacto mecánico se fue rápidamente para abajo. El edifico constaba de sesenta plantas.

El ascensor se detuvo en el piso 35 y Kurt salió de él. Su apartamento era el 138.

Kurt abrió la puerta, con su llave, y penetró en él.

El apartamento era grande, moderno, magnífico de verdad.

Kurt fue directamente hacia el dormitorio, ubicado al fondo.

Entró en él y dejó su bolsa de viaje sobre la cama, de diseño circular, muy baja.

No estaba pegada a la pared, sino en el mismo centro de la habitación. La alfombra era una preciosa piel de tigre, con cabeza y todo, lo que daba un aire exótico y salvaje al dormitorio.

Kurt se quitó las botas y el traje, quedando en slip, muy reducido.

Después, se introdujo en el baño.

Quería darse una ducha, antes de que llegara Dyan, porque en cuanto la rubia entrase en el apartamento empezaría la diversión y...

Bueno, había que estar limpio y oler a jabón, no a sudor.

Kurt se despojó del breve slip plateado, se metió en la ducha y abrió la llave del agua, que cayó inmediatamente sobre su atlético cuerpo.

Agua fría, porque en Nueva Orleáns era verano y hacía calor, por lo que apetecía

refrescarse.
Kurt atrapó la pastilla de jabón y se friccionó vigorosamente el cuerpo.
Todavía se hallaba bajo la ducha cuando oyó sonar el timbre de su apartamento.
—Si que te has dado prisa, Dyan... —rezongó, y cerró la llave del agua, saliendo de la ducha.
Kurt se secó rápidamente el cuerpo con la toalla, se puso el slip, y se colocó su bata de baño. Era corta, muy delgada, brillante, y tenía un dragón alado dibujado en la espalda.
El timbre sonó de nuevo.
Kurt salió del baño, se ató el cinturón por el camino y alcanzó la puerta.
Cuando abrió, se llevó una buena sorpresa, porque no era la rubia Dyan quien aguardaba.
La chica que había hecho sonar el timbre por dos veces también tenía el cabello rubio, pero Kurt no la conocía de nada.
Ella, en cambio, sí parecía conocerle, ya que sonrió suavemente y dijo:
—Buenas tardes, señor Fellner.

CAPITULO II

Kurt Fellner observó a la chica de arriba abajo. Valía la pena, porque era una auténtica belleza.

Aparentaba unos veinticuatro años de edad, tenía el cabello largo, los ojos claros, y unos labios que apetecía besar y mordisquear.

Y si sus labios despertaban ese deseo, no digamos lo demás...

La chica era alta, esbelta, y tenía los relieves necesarios. Vestía una miniblusa con flecos, dorada, muy brillante, y unos breves *shorts* del mismo color y tejido. Las botas, muy altas, combinaban con la miniblusa y el pantaloncito.

Una delgada cadena de oro adornaba la desnuda cintura de la muchacha. De su hombro derecho pendía un bolso, que combinaba con todo lo demás.

La chica esperó a que Kurt calculara las medidas de su busto, de su cintura y de sus caderas, así como la longitud de sus maravillosas piernas, y después se presentó:

—Me llamo Tara.

—¿Tara? —repitió Kurt, mirándola a los ojos, protegidos por unas pestañas larguísimas.

—Sí, Tara Donley.

—Tu nombre no me dice nada.

—A mí, el suyo, me dice

muchas
cosas.
—
¿De
veras?
—
Sí.
—
¿Qué
te
dice,
preciosa?
—Que es un hombre valiente, que conoce muy bien el espacio sideral, que posee una nave moderna y veloz, que tiene un socio llamado Thick Shore, tan audaz y tan experto como usted...
—¿Qué más te dice? —
preguntó Kurt, sonriendo.
—Que
le he
pillado
en el
baño.
—Eso no te lo dice mi nombre, embustera. Te lo
dice mi bata y mi pelo húmedo.
—
¡Es
verdad!
—rió
la
joven.
—
¿Quieres
pasar,
Tara?
—
Gracias.
Tara Donley entró en el apartamento de Kurt Fellner y éste cerró la puerta, cogiendo seguidamente del brazo a la muchacha.
—
Hablaremos
en
el

living.

—Muy bien. Fueron hacia allí y Kurt indicó:

—Siéntate, Tara.

—Gracias —respondió la joven, quitándose el bolso del hombro antes de sentarse en el moderno sofá.

—¿Qué te apetece tomar?

—Lo mismo que a usted.

—Lo dudo mucho.

Tara se dio cuenta de que Kurt tenía los ojos fijos en su desarrollado busto, que la miniblusa le permitía exhibir con generosidad, y no pudo reprimir una risita.
—No sea descarado, señor Fellner.
—Me gustan las mujeres. ¿No te lo dice eso mi nombre...?
—Estaba enterada. De lo que le gustan a usted y lo que le gustan a su socio. Y creo que
Thick aún le gana.
—¡Seguro! —asintió Kurt, riendo—. Thick se vuelve loco cuando ve un par de pechos femeninos, aunque no sean tan sensacionales como los tuyos.
—Muchas gracias —sonrió la joven.
—Prepararé un par de copas.
—Muy amable.
Kurt se acercó al mueble de las bebidas, preparó las copas y regresó junto a la hermosa
Tara.
—Espero que te guste —dijo, ofreciéndole una de las copas.
—Seguro.
Kurt se sentó también en el sofá y levantó su copa.
—Por ti, preciosa.
Tara sonrió y alzó también su copa, haciéndola entrechocar con la otra. Después ingirió un sorbo de licor, siendo imitada por Kurt, que después preguntó:
—¿Qué tal?
—Una bebida deliciosa, señor Fellner.
—Como el sabor de tus labios.
—¿Cómo lo sabe, si no me ha besado?
—Lo adivino, preciosa —respondió Kurt, y
acercó sus labios a los de ella. Tara se hizo
atrás.
—No vaya tan de prisa, señor Fellner.
Kurt posó su mano en el muslo de la pierna que Tara man tenia sobre la otra.
—¿Qué ocurre, cariño? ¿No has venido a pasarlo bien conmigo?
—No —respondió la joven, retirando la mano masculina de su torneado muslo, aunque sin brusquedad. —¿A qué has venido, entonces?
—A hablar de negocios.
—¿Negocios?
—Necesito su nave, señor Fellner.
—¿Mi nave?

—Bueno, suya y de Thick Shore, puesto que son ustedes socios.
—¿Para qué necesita nuestra nave, Tara?
—Quiero hacer un viaje.
—¿Adónde?
—A cierto planeta.
—¿Cómo se llama?
—Está lejos.
—No te he preguntado eso.
Tara Donley se mordió el labio inferior antes de revelar:
—El nombre del planeta es... Gluto.

Kurt Fellner no pudo reprimir un respingo.

—¿Has dicho Gluto?

—Sí.

Kurt se levantó bruscamente del sofá y se separó un par de metros de él, con la copa en las manos. Después se volvió hacia la bella Tara y preguntó:

—¿Qué diablos se te ha perdido a ti en Gluto? —Un par de amigos, llamados Jerold Hepton y Len Stubbs. Viajaron a ese lejano planeta... y no han vuelto. Wella, la hermana de Jerold, está muy preocupada. Por lo que haya podido ocurrirle a Jerold, por ser su hermano, y también por lo que haya podido ocurrirle a Len, de quien está enamorada —explicó Tara.

—Wella es la novia de Len, ¿eh? —rezongó Kurt.

—Más o menos.

—¿Y tú, Tara? ¿Eres la novia de Jerold?

—En cierto modo.

—Lo suponía —gruñó Kurt, y tomó un trago de licor, antes de empezar a pasear por el living.

Tara permaneció callada unos segundos, observando a Kurt. Después, rompió su

silencio:

—¿Nos llevarán a Gluto, señor Fellner?

—Es un planeta muy peligroso.

Tara.

—Wella y yo lo sabemos. Y Jerold y Len también lo sabían, cuando partieron hacia allí. Estaban empeñados en viajar a Gluto. Alguien les dijo que en ese planeta existen fabulosos tesoros y...

—Es cierto —la interrumpió Kurt—. Pero están en el reino de Zora.

—¿En el reino de quién?

—De Zora.

—¿Quién es Zora?

—La mujer que manda en Gluto. Y no le gustan los extranjeros, ¿sabes? Especialmente los que osan penetrar en su reino con el único propósito de arrebatarle alguno de sus tesoros. Sus soldados vigilan constantemente y es muy difícil burlarlos. Los intrusos suelen caer siempre en sus manos. Y una vez los han hecho prisioneros, se los llevan a su soberana para que ella dictamine sentencia. Zora es una mujer joven, hermosa, pero tiene el corazón duro y no perdona a casi nadie. A los que no condena a muerte, manda encerrarlos en las mazmorras de su palacio. Allí son azotados y apaleados. Y algunos son también torturados.

Tara se estremeció claramente.

—¡Qué horror!

—Eso no lo sabían Jerold y Len, ¿verdad?

—Supongo que no. Al menos, a Wella y a mí no nos dijeron nada. Sólo que iban en busca de tesoros. Y que no podíamos

acompañarles porque Gluto era un planeta muy peligroso. Fue entonces cuando Wella y yo intentamos quitarles de la cabeza la idea de realizar ese arriesgado viaje, pero fracasamos, como ya le dije antes.

—Jerold y Len cometieron un grave error viajando a Gluto, Tara.

La joven se mordió los labios.
—¿Cree que estarán en poder de Zora, señor Fellner?
—Es posible. Cuando no han vuelto es porque fueron hechos prisioneros por los soldados de Zora. Lo que ya no podemos saber es la suerte que corrieron en el palacio de esa severa mujer. Pudo condenarlos a muerte... o conformarse con enviarlos a las mazmorras, según le diera en el momento de dictar sentencia.
—Confiemos en que sigan vivos.
—No sé qué será peor —rezongó Kurt.
—Wella y yo les pagaremos lo que nos pidan por llevarnos a Gluto y ayudamos a rescatar -a Jerold y Len, si es que continúan con vida, señor Fellner. Tenemos dinero suficiente.
—No es cuestión de dinero, Tara. Viajar a Gluto significa jugarse la libertad y el pellejo. Thick y yo tendremos escasas posibilidades de liberar a Jerold y Len, suponiendo que continúen vivos, y muchas de ser atrapados por los soldados de Zora. Y si nos cazan...
—Por favor, señor Fellner —insistió Tara, con los ojos húmedos, casi en lágrimas. Kurt iba a responder, cuando sonó el timbre del apartamento.
—¡Dyan! —exclamó, respingando, pues se había olvidado por completo de «Miss Piernas», como la llamaba Thick.

CAPITULO III

Tara Donley compuso un gesto de contrariedad.

—¿Quién es Dyan? —preguntó.

—Una amiga mía —respondió Kurt Fellner.

—¿La esperaba?

—Sí, la llamé hace un rato.

—Entiendo.

—Cuando tú llamaste, pensé que era Dyan. Después, al verte, me olvidé totalmente de ella.

—Lo siento, señor Fellner, pero no pienso marcharme sin haber ultimado el asunto que me trajo hasta aquí —hizo saber Tara, y tomó un sorbo de licor.

Kurt dejó su copa sobre la mesa del living y dijo:

—Me desharé de Dyan.

—Gracias.

Kurt

fue hacia la puerta y abrió.

Era, efectivamente, la rubia Dyan, que tenía veinticinco años de edad, los ojos color violeta, y una boca tremendamente sensual. Vestía una delgada túnica azul celeste, muy corta, y llevaba un cinturón dorado. También las botas, de media caña, eran doradas. En el brazo izquierdo lucía un brazalete.

La delgadez de la túnica, que se abrochaba sobre su hombro derecho, permitía vislumbrar sus atractivos senos, los aupados pezones, emergiendo descaradamente de las rosadas aureolas.

Lo mejor de todo, sin embargo, eran las piernas, muy largas y perfectamente formadas. De ahí lo de «Miss Piernas».

La rubia, en cuanto Kurt abrió la puerta, le echó los brazos al cuello y se pegó a él como una lapa.

—¡Kurt, cariño! —exclamó, antes de besarle ardorosamente en los labios.

Fellner le puso las manos en las caderas, amplias y firmes, y le devolvió el beso, aunque sin emplearse a fondo, porque no olvidaba la presencia de Tara Donley.

Tara, desde el living, podía ver la puerta del apartamento.

Y vio, claro, cómo Kurt y Dyan se besaban, lo que le hizo fruncir el ceño. Cuando separaron sus bocas, «Miss Piernas» preguntó:

—¿Tenías ganas de verme, Kurt?

—Claro.

—Yo también. Me muero de deseos de hacer el amor contigo. Cógeme en brazos y llévame a la cama, Kurt.

Fellner carraspeó.

—Tendrás

que esperar un poco, nena.

—¿Esperar?

—Sí, quiero que vuelvas dentro de una hora.

—¿Por qué?

—Estoy tratando un asunto con un cliente.

Dyan miró por encima del hombro de Kurt, hacia el living, y descubrió a Tara.

—¡Es una mujer! —exclamó, respingando.

—Quiere alquilar nuestra nave.

—¿Y qué más?

—¿Qué más va a querer?

—¡Acostarse contigo!

—¡Dyan! —exclamó Kurt, tratando de ahogar las palabras de su enfurecida amiga. Tara levantó su copa y sonrió, lo que hizo que la furia de Dyan aumentara.

—¡No me necesitas para nada, Kurt! ¡Ya tienes plan para esta noche!

—¡No digas tonterías!

La rubia se separó bruscamente de él.

—¡Esto no te lo perdonaré nunca, Kurt!

—¡Escúchame, Dyan!

—¡No quiero escucharte! ¡Que te diviertas con tu nueva amiga! —dijo la rubia, y corrió hacia el ascensor.

—¡Espera,

Dyan! ¡No te vayas así!

—¡Al diablo!

—¡Te espero dentro de una hora, Dyan!

—¡Dentro de una hora volverá tu tía!

—¡Dyan!

—¡Al cuerno! —gritó la rubia, y se introdujo en el ascensor, que se puso inmediatamente en movimiento.

Kurt desgranó una maldición y entró en su apartamento, cerrando la puerta. Con el gesto agrio, regresó al living, cogió su copa y la vació de un solo trago.

Tara, reprimiendo a duras penas la risa, dijo:

—Lo siento, señor Fellner.

—¿De veras? —gruñó Kurt.

—Espero que su amiga vuelva.

—No volverá. Conozco bien a Dyan, y cuando se enfada...

—Hoy se enfadó sin motivo.

—Olvidémonos de Dyan y concretemos.

—Eso.

—¿Cuándo queréis partir hacia Gluto?

—Mañana mismo.

—No puede ser.

—¿Por qué?

—Hemos regresado esta misma tarde a la Tierra, después de tres semanas de viaje.

—Lo sé, señor Fellner, pero...

—Thick y yo necesitamos unos días de descanso. Siete, por lo menos.

—¿No son demasiados?

—Es lo que quiere mi socio. También él llamó a su amiga, ¿sabes? —informó Kurt—. Se llama Suzzanne, es pelirroja, y tiene tanto de aquí —se llevó las manos al pecho— que yo la llamo «Miss Pechos». Y Thick quiere pasar una semana entera con ella.

—No descansara mucho, pues —sonrió Tara.

—Eso es cosa

suya.

Tara se puso seria.

—Comprendo perfectamente que, después de un viaje de tres semanas, Thick y usted deseen permanecer algunos días en la Tierra, divirtiéndose. Tienen derecho a ello, señor Fellner. Le ruego, sin embargo, que piense en Jerold y Len. Si Zora no los condenó a muerte, estarán encerrados en las mazmorras de su palacio, recibiendo golpes, latigazos, y hasta es posible que dolorosas torturas. Ya sé que Thick y usted no tienen la culpa, que ellos se lo buscaron al empeñarse en emprender ese peligroso viaje, pero debemos acudir en su ayuda cuanto antes. No podemos perder un solo día más. Puede ser decisivo para Jerold y Len.

Kurt se mesó el cabello, todavía húmedo.

—Si le digo a Thick que partimos mañana, me mandará al infierno. Y con razón —masculló.

—Hable usted con él, señor Fellner. Expóngale el caso. Estoy segura de que Thick comprenderá la urgencia de la partida.

—Así quedará mi boca, partida, del puñetazo que Thick me dará si le pido que se conforme con pasar una sola noche con «Miss Pechos» —repuso Kurt.

Tara volvió a sonreír.

—Pídaselo a través de la pantalla del videófono —sugirió—. Así no podrá sacudirle. Aunque dudo mucho que Thick le golpeara por eso.

—No conoces a Thick. Cuando está con una mujer...

—Inténtelo, señor Fellner. Verá como su socio accede y mañana partimos los cuatro hacia Gluto. Como le dije antes, le pagaremos lo que nos pidan.

Kurt la miró fijamente a los ojos.

—Lo que os pidamos, ¿eh?

—Sí.

Kurt se acercó y volvió a sentarse en el sofá, prácticamente pegado a Tara. Le puso la mano en el muslo de la pierna que la joven seguía manteniendo sobre la otra y se lo acarició. Tara le miró la mano, Kurt le cogió la barbilla y la obligó a mirarle a los ojos. Entonces la besó en los labios, suave y cálidamente, sin dejar de acariciarle el muslo.

Tara no se hizo atrás en esta ocasión. Tras el beso, Kurt la miró con fijeza.

—Estás dispuesta a todo, ¿verdad?

—No sé lo que quiere decir, señor Fellner.

—¿Qué harías si te dijera que si no te acuestas conmigo no hay viaje a Gluto?

—Me acostaría, no tendría más remedio.

—¿Tan enamorada estás de Jerold?

—Haría cualquier cosa por salvarle. Y por salvar a Len, también.

—Bésame, Tara.

La joven obedeció.

Y no pareció besarle forzadamente, sino con gusto. Esa impresión, al menos, se llevó Kurt, quien dijo:

—Trataré de convencer a Thick, Tara.

—Gracias.

—Ahora puedes marcharte.
—¿No me va a obligar a hacer el amor con usted?
—¿Por quién me has tomado?
—Bueno, fue usted quien dijo que...
—Era sólo una pregunta. Me interesaba conocer tu respuesta. Y ya me la diste. Ahora déjame solo.
—¿Le molesta mi compañía?
—Estás enamorada de Jerold. No puedo hacer nada contigo. Por eso prefiero que te marches.
Tara se mordió los labios.
—¿Y si yo le dijera que...?
—Continúa.
—No estoy enamorada de Jerold. Es sólo un amigo, como Len. Kurt no supo disimular su sorpresa.
—¿Y por qué dijiste que eras su novia?
—Para protegerme. Como sabía que a usted le gustan tanto las mujeres... Kurt se apresuró a rodearla con sus brazos.
—Tanto como tú, ninguna —aseguró, antes de besarla fervorosamente en los labios.

CAPITULO IV

Thick Shore se encontraba en la cama, con la pelirroja Suzzanne, cuando el videófono que tenía sobre la mesilla de noche, muy baja, empezó a emitir la señal de llamada.

—¡Diablos! —exclamó el rubio, levantando la cabeza de entre los poderosos senos de Suzzanne, que había estado besando, mordisqueando y estrujando con sus manos.

—¡Qué oportuno! —exclamó a su vez la pelirroja, que rodeaba con sus brazos el cuello masculino.

—¿Quién demonios podrá ser? —rezongó Shore.

—No contestes, Thick, y sigue ocupándote de mis pechos.

—¿Y si fuera Kurt?

—¿No dijiste que está con una amiga?

—Sí, con Dyan.

—Entonces no puede ser él. Vamos, Thick, continúa —rogó la pelirroja.

Como el videófono seguía sonando, Shore le cogió los brazos a su amiga y la obligó a soltarle el cuello.

—Lo siento, Suzzanne, pero tengo que contestar.

—Está bien —rezongó ella—, Pero acaba pronto, ¿eh?

—Antes de un minuto, te lo prometo —sonrió el rubio, y se arrastró hacia la mesilla de noche.

Pulsó el botón correspondiente y la pantalla del videófono se iluminó, apareciendo en ella el rostro de Kurt Fellner.

—Hola, socio.

—¿Qué demonios quieres, Kurt?

—Saber cómo te va con «Miss Pechos».

—Ha terminado el primer asalto.

—Pues empieza rápidamente el segundo, porque el combate debe terminar esta noche. Shore respingó sobre la cama.

—¿Cómo dices?

—Mañana partimos rumbo a Gluto, Thick.

—¡Ni hablar!

—Es preciso, socio.

—¡Me prometiste que tendríamos una semana entera de diversión, Kurt!

—Lo sé, Thick. Pero el viaje no admite demora. Dos hombres han caído en poder de los soldados de Zora, y no me parece justo que, mientras tú y yo nos divertimos en la Tierra, esos dos hombres estén siendo golpeados, azotados y tal vez torturados en las maz- morras del palacio de esa dura mujer. Tenemos que partir cuanto antes e intentar rescatarlos.

—¡No lo conseguiremos, Kurt! ¡Caeremos también en manos de los soldados de Zora!

—Con un poco de suerte los burlaremos y llegaremos hasta esos hombres sin ser descubiertos.

—¡Estás soñando

despierto,
Kurt!

—Nos pagarán muy bien por intentarlo, Thick.

—¿Y qué importa que nos paguen bien, si no podremos volver a la Tierra?
—Eso está por ver.
—¡Es seguro, Kurt!
—¿Qué pasa, socio? ¿Tienes miedo?
—¡No, maldita sea! —rugió Shore, descargando un puñetazo sobre la cama.
—Entonces sigue con Suzzanne y procura divertirte en una noche todo lo que pensabas divertirte en una semana.
—¡Eso es imposible!
—Para ti, no. Eres muy macho, Thick.
—¡Vete al infierno!
Kurt rió.
—Hasta mañana, socio —dijo, y cortó la llamada.
El rubio, rabioso, levantó el puño de nuevo e hizo ademán de descargarlo sobre la pantalla del videófono, pero Suzzanne se apresuró a sujetarle el brazo.
—¡No, Thick!
—¡Me la ha jugado! ¡Kurt me la ha jugado!
—¡Cálmate, por favor!
—¡Me ha dejado sin la semana de diversión que le pedí!
—Las circunstancias, Thick.
—¡Las circunscuernos!
—Vamos, tranquilízate. Tenemos la noche por delante.
—¡No es lo mismo tener una noche que siete!
—Ya sé que no, pero si la aprovechamos bien...
La furia de Thick Shore empezó a remitir.
Y es que Suzzanne, mientras le hablaba, le besaba y le acariciaba el cuello, los hombros, la espalda...
Thick se volvió hacia ella y la abrazó.
—La vamos a aprovechar al máximo, Suzzanne. Un asalto detrás de otro. Y si al término del combate estamos los dos medio muertos, que nos lleven al hospital.
—¡Eso! —exclamó la pelirroja, riendo. Thick la

besó con
ganas.
Y escasos segundos después daba comienzo el segundo asalto.

*
*
*

Kurt Fellner había llamado a su socio desde el living, en presencia de Tara Donley, que seguía sentada en el moderno sofá, como él.
—He conseguido convencer a Thick, Tara.
—¿Estás seguro?
—Sí, saldremos mañana hacia Gluto, no lo dudes.
—Parecía tan furioso...

—Yo ya contaba con ello. Thick quería pasar una semana entera con Suzzanne, ya lo has oído. Y sólo podrá pasar una noche.

—¿Y usted, Kurt?

—Yo, ni eso, porque Dyan se marchó hecha un huracán y no volverá.

—¿Pasará la noche solo?

—Sí.

—¿Por qué no llama a otra amiga?

—Después de verte a ti, no me gusta ninguna —aseguró Fellner, abarcándola por la desnuda cintura.

Se besaron, larga e intensamente.

Después, Tara preguntó:

—¿Quiere que me quede, Kurt?

—Me volvería loco de alegría, pero no deseo forzarte a pasar la noche conmigo. Te has dejado besar y acariciar por mi, seguramente por agradecimiento, y no quiero que te sientas obligada a más.

—No ha sido por agradecimiento, Kurt. Me he dejado besar y acariciar porque me gusta usted.

—¿Estás segura?

—

Sí.
—
¿Entonces...?
—Pasaré la noche con usted, Kurt.
—No te arrepentirás, Tara, te lo prometo. —Seguro que no.
Volvieron a besarse con pasión.
Kurt buscó el cierre de la miniblusa y lo accionó, haciendo caer suavemente la prenda. Acarició los preciosos senos de Tara, sin dejar de besarla, y notó que ella se estremecía de placer.
Una par de minutos después se levantaba del sofá, la tomaba en brazos y la llevaba a su dormitorio, para hacerla suya.
Y es que Kurt tampoco quería perder el tiempo...

*

* * Eran las cuatro de la tarde.
En el astropuerto de Nueva Orleáns, la *Star-CX* estaba dispuesta para partir.
En el transcurso de la mañana, Kurt Fellner y Thick Shore se habían encargado de prepararlo todo. El rubio seguía enfadado, pero su expresión cambió cuando Tara Donley y Wella Hepton subieron a bordo, cargadas con sus respectivos equipajes.
Thick no esperaba que fueran tan bonitas, ni que estuvieran tan bien de formas, y casi se le escapa un silbido de admiración.
Wella Hepton tenía el pelo castaño, los ojos verdes, y los labios muy rojos, carnosos y apetecibles. Contaba veinticinco años de edad, uno más que Tara Donley, y vestía un traje amarillo, de una sola pieza, que la ceñía de arriba abajo.
Tara se había puesto un traje verde claro, muy ceñido también.
Tras las presentaciones de Thick por parte de Kurt, y de Wella por parte de Tara, los dos

socios acompañaron a las muchachas a sus camarotes, para que dejaran los equipajes en ellos.

Después se trasladaron todos a la cabina de mandos, ocupando Kurt el asiento del piloto y Thick el del copiloto. Los dos sillones de atrás, fueron ocupados por Tara y Wella.

Las muchachas querían presenciar el despegue.

—¿Listo, socio? —preguntó Fellner.

—Cuando quieras, Kurt —respondió Shore.

—Vamos allá.

Kurt accionó el mando de despegue y la *Star-CX* se elevó, ganando rápidamente velocidad.

En sólo unos minutos la Tierra quedó atrás. La peligrosa aventura había comenzado.

La *Star-CX* no se detendría hasta llegar a Gluto. ¿Podrían regresar... o se quedarían para siempre en aquel lejano planeta?

Era lo que se preguntaban Kurt, Thick, Tara y Wella.

Y ninguno de ellos, naturalmente, conocía la respuesta.

CAPITULO
V

Jerold Hepton y Len Stubbs se preguntaban lo mismo.

¿Podrían regresar a la Tierra algún día? Los dos se decían que no.

Y es que era prácticamente imposible escapar de la siniestra y húmeda mazmorra en donde permanecían encerrados, cargados de cadenas y sujetos a la pared.

Aquella mazmorra, como las otras, se hallaba ubicada en los sótanos del palacio de Zora, la soberana de Gluto, que no quiso condenar a muerte a Jerold y Len cuando sus soldados los atraparon en su reino y los condujeron a su presencia, para que ella decidiera el castigo que la pareja de varones terrestres merecían.

Zora se sintió magnánima aquel día y ordenó que la pareja de extranjeros fueran encerrados en una mazmorra, hasta que ella decidiera si debían ser ejecutados o puestos en libertad.

Si no fallecían antes, claro.

Y eso podía suceder, porque los prisioneros comían poco y mal, aparte de ser golpeados y azotados casi a diario. De esta manera, los cautivos se sentían débiles y doloridos, sin fuerzas ni ánimos para luchar con las cadenas que aprisionaban sus manos y sus pies, o con la que cercaba su cintura, que era la que les mantenía sujetos a uno de los muros de la mazmorra.

Era inútil pensar en la huida.

No existía la menor posibilidad de fugarse del palacio de Zora.

Intentarlo, además, se castigaba con la tortura.

Jerold y Len lo sabían por propia experiencia, ya que la habían sufrido en sus carnes. Precisamente por eso, por intentar escapar. Los dos eran jóvenes y fuertes, y no se resignaban a consumirse en aquella maldita mazmorra día a día, recibiendo escasos y malos alimentos, golpes y tandas de latigazos.

Ambos estaban sentados en el suelo, sobre la sucia y

maloliente paja que cubría las gruesas y húmedas losas. Tenían la espalda en la pared y las piernas estiradas.

Antes de encadenarlos, los soldados los despojaron de sus trajes y sus botas, dejándolos en slip, por lo que se hallaban prácticamente desnudos.

Por el ventanuco de la mazmorra que daba al exterior se filtraba la suficiente luz como para poder apreciar las numerosas señales de golpes y latigazos que Jerold y Len tenían por todo el cuerpo, algunas de ellas bastante recientes.

También habían sido golpeados en el rostro, pero como a los dos les había crecido mucho la barba en las casi tres semanas que llevaban de cautiverio, se les notaba menos. Jerold Hepton ladeó la cabeza y miró a Len Stubbs, descubriendo que tenía los ojos cerrados.

—¿Duermes, Lenn?

—No —respondió Stubbs, sin despegar los párpados.

—Estás pensando, ¿eh?

—Sí.

—¿En qué?

—Te lo puedes imaginar.

—En la Tierra, ¿verdad?

—Sí.

Jerold cerró también los ojos y apoyó la cabeza en la pared.

—Yo me acuerdo de la Tierra tanto como tú, Len.

—Fue una locura emprender este viaje. Nunca debimos venir a Gluto.

—Es tarde para lamentarse.

—Nos cegó la ambición, Jerold. Nos advirtieron que era muy peligroso penetrar en el reino de Zora, pero no hicimos caso. Sólo pensábamos en los fabulosos tesoros que existen en él. Vinimos a Gluto en busca de ellos... y ya ves lo que hemos conseguido. Golpes, latigazos, torturas... Nos pudrimos en esta maldita mazmorra.

Jerold Hepton abrió de nuevo los ojos y miró a su compañero.

—Prefiero la muerte, Len.

Stubbs lo miró a su vez.

—

¿Qué quieres decir?

—Que hemos de intentarlo otra vez.

—¿El qué?

—Escapar.

—Fracasaremos, como las veces anteriores. Y volverán a torturamos, como castigo.

—No me importa.

—A mí, sí. Se pasa muy mal en el potro.

—También se pasa mal aquí, comiendo desperdicios y bebiendo agua sucia. Somos golpeados y azotados sin motivo, por costumbre. Y cada día que pasa, nuestras fuerzas disminuyen. Dentro de poco no podremos ni ponernos en pie. Si nos sorprenden y nos matan habrá acabado nuestro sufrimiento y nuestra desesperación. Y te repito que prefiero eso a continuar encerrado en esta condenada mazmorra, Len.

—Yo también prefiero la muerte, Jerold. Lo que no prefiero es la tortura. Y nadie nos librará de ella, si no perdemos la vida en el intento de fuga.

—Es un riesgo que debemos correr. Len Stubbs guardó silencio.

Jerold Hepton lo dejó meditar un par de minutos. Después, preguntó:

—¿Estás dispuesto a

intentarlo una vez más. Len? Stubbs suspiró y cabeceó afirmativamente.

—De acuerdo, Jerold. Lo intentaremos de nuevo.

—Tengo un plan, Len.

—Te escucho.

—Cuando vengan a traemos la bazofia que no tenemos más remedio que comer... —empezó a explicar Jerold.

A la hora acostumbrada la puerta de la mazmorra fue abierta y dos guardias penetraron en ésta. Eran altos, musculosos, y hasta feos de cara.

El que había abierto la puerta, además del manojo de llaves, llevaba un látigo. El otro tenía la comida y el agua para los prisioneros.

Ambos iban con el torso desnudo y vestían unas cortas faldas de cuero. Llevaban casco,

calzaban toscas sandalias, que se ataban a las pantorrillas con largas tiras de piel, y de su cinto pendían una espada, de corta y ancha hoja, y un puñal.

Cuando los guardias entraron en la mazmorra encontraron a Jerold Hepton y Len Stubbs tirados sobre la paja que cubría el suelo, aparentemente dormidos.

El que traía la comida y el agua indicó:

—Despiértalos, Togg.

—Con mucho gusto, Zepp —sonrió el otro guardián, extendiendo su látigo.

Justo cuando lo descargaban sobre el cuerpo de Jerold, éste levantaba los brazos y fue la cadena la que percibió el latigazo. Jerold, actuando con mucha rapidez, consiguió agarrar el látigo y tiró el él con fuerza.

Togg, que no se lo esperaba, se vio lanzado hacia el terrestre, sobre el que cayó, al perder el equilibrio.

Zepp, que se había inclinado para depositar en el suelo los platos y la jarra de agua, se vio atacado al mismo tiempo por Len, quien le asestó un duro golpe en el hombro con la cadena que sujetaba sus manos.

El guardián dio un rugido de dolor y cayó sobre la paja, agarrándose el hombro derecho.

Len le golpeó de nuevo con la cadena, ahora en el costado.

Y en seguida otro golpe más, esta vez en pleno rostro.

Mientras tanto, Jerold había rodeado el cuello de Togg con la cadena que unía los grilletes que aprisionaban sus muñecas y apretaban sin piedad.

El guardián no podía gritar, pero emitía unos roncos sonidos guturales, mientras su cara se amorataba, sus ojos se desorbitaban y su boca se abría al máximo, tratando de encontrar el aire que necesitaba para sus pulmones... y que la presión de la cadena sobre su garganta impedía pasar.

El tipo se asfixiaba. Unos segundos más y...

Zepp había perdido el conocimiento, después de que Len le atizara un par de veces más con la cadena, duramente.

Togg no llegó a morir, porque Jerold dejó de apretar con la cadena al ver que el guardián se quedaba sin fuerzas y se desvanecía, por lo que no tuvo necesidad de acabar con él.

Jerold retiró la cadena del cuello del tipo y se apoderó rápidamente del manojo de llaves.

—¡De prisa, Jerold! —apremió Len, nervioso.

—Tranquilo, muchacho, que todo está saliendo bien —sonrió Hepton, y empezó a abrir los grilletes que cercaban sus muñecas y sus tobillos.

Después se libró también de la cadena que rodeaba su cintura y le impedía separarse de la pared más de un metro y medio.

A continuación abrió los grilletes de Stubbs.

—Estamos libres, Len.

—Sólo nos hemos librado de las cadenas, Jerold —repuso su compañero.

—Algo más que eso, Len. La puerta de la mazmorra está abierta. Y tenemos armas. Las espadas y los puñales de los guardianes. Podemos luchar por nuestra libertad. Y con un

poco de suerte, escaparemos del
palacio de Zora y de su reino. Stubbs
se contagió del optimismo de Hepton.
—Vamos, Jerold. No hay tiempo que perder.
Cogieron las armas de los guardianes y abandonaron la
mazmorra, con la esperanza de no volver nunca más a ella.

CAPITULO VI

Tara Donley y Wella Hepton permanecieron casi dos horas en la cabina de mandos de la *Star-CX,* presenciando cómo Kurt Fellner pilotaba expertamente la nave.

La velocidad de la *Star-CX,* en aquellos momentos, era realmente fantástica. Surcaba el Sistema Solar como un meteoro, porque había que llegar a Gluto lo antes posible.

Y Gluto no estaba a un tiro de piedra, precisamente. Había una semana larga de viaje, Kurt Fellner, sin embargo, confiaba en alcanzar el lejano planeta en seis días. Y seguramente lo lograrían, si no se les presentaba ningún problema

En el par de horas que llevaban de viaje, Tara y Wella habían cambiado algunas palabras con Kurt y Thick. Este último se giraba de vez en cuando y miraba a las chicas, especialmente a Wella.

Cuando las muchachas se levantaron y abandonaron la cabina de mandos, para trasladarse a sus camarotes, Thick Shore miró a su socio y preguntó:

—¿Por qué no me lo dijiste, Kurt?

—¿El qué?

—Que Tara y Wella eran dos beldades.

Fellner sonrió.

—Te han gustado, ¿eh, socio?

—Están para comérselas.

—Lo siento por ti, pero no podrás hincarle el diente a ninguna de las dos.

—¿Por qué?

—Wella es la novia de Len Stubbs.

—Vaya —rezongó Thick—, ¿Y Tara?

—Tara es cosa mía.

—¿Qué quieres decir?

—He pasado la noche con ella, Thick.

Shore agrandó

cómicamente los ojos.

—¿Con Tara?

—Sí.

—¡Eso es mentira! ¡Tú has pasado la noche con Dyan!

—No, Dyan se largó cuando vio a Tara. Y Tara, que es una chica muy comprensiva, no quiso que pasara la noche solo, así que se quedó conmigo.

—¿Y por eso tiene que ser cosa tuya?

—Tara me gusta, Thick. Me gusta mucho.

—¡También me gusta a mí!

—Pero soy yo quien le gusta a Tara, no tú. Si intentas algo con ella te rechazará.

—¡Eso está por ver! Kurt sacudió la cabeza.

—Perderás el tiempo, socio. Vale más que lo intentes con Wella.

—¿Wella?

—Sí.

—¿No has dicho que es la novia de Len Stubbs?

—Eso creo, pero puede que esté equivocado. Verás, cuando yo intenté besar a Tara por primera vez me dijo que era la novia de Jerold Hepton, lo cual naturalmente me frenó. Más tarde, sin embargo, me confesó que Jerold y ella sólo eran amigos, que no estaba enamorada de él.

—¿Y por qué te mintió?

—Para protegerse de mí. Sabía que me gustan mucho las mujeres. Y sabe que a ti aún te gustan más, así que es posible que trate de proteger a Wella de ti.

—¿Tú crees? —se alegró Shore.

—Es sólo una sospecha, Thick. A ti te corresponde averiguar si Wella es realmente la novia de Len Stubbs o no.

—Lo averiguaré, Kurt. ¡Vaya si lo averiguaré!

—No será esta noche, ¿verdad?

—¡Desde luego que no! —respondió el rubio, riendo—. ¡Estoy demasiado agotado! Kurt rió también y siguió explorando la nave.

*
*
*

Dathan, el jefe de la guardia personal de Zora, era un tipo de elevada estatura y poderosa complexión. Tenía las

facciones viriles, pero no era feo. Aparentaba unos treinta y cinco años de edad.

Estaba enamorado de Zora, pero, aunque ésta solía requerirle alguna que otra noche para que compartiera su cama y saciara su apetito sexual, no le correspondía.

Y Dathan lo sabía.

No obstante, confiaba en que Zora cambiase de parecer y le entregara también su corazón, igual que le entregaba su joven, hermoso y ardiente cuerpo, siempre ávido de caricias, de abrazos, de goce íntimo.

Dathan no quería ser el macho fuerte y vigoroso que satisfacía plenamente el deseo de la hembra. Quería ser y significar algo más, porque Zora era y significaba también algo más para él.

Mucho más.

Dathan la quería tanto que daría gustosamente su vida para ella si fuera necesario. Y Zora lo sabía, porque él se lo había confesado más de una vez.

Sin embargo, la soberana sólo se mostraba dulce y cariñosa en los momentos de intimidad, siempre escogidos por ella y nunca por Dathan, al que fuera de su alcoba trataba con absoluta frialdad, como si jamás hubiera estado en sus brazos, recibiendo sus besos y sus caricias, su pasión, su vigor, su entrega total.

Era desesperante para Dathan, pero como no perdía las esperanzas de llegar al duro e insensible corazón de Zora soportaba la indiferencia de su soberana y se esforzaba por hacerla feliz cada vez que ella le solicitaba para que le hiciese el amor.

Dathan solía personarse en la sala de tortura y en las mazmorras, echaba un vistazo y luego abandonaba los sótanos, informando a Zora del estado y del comportamiento de

los prisioneros.

Para Jerold Hepton y Len Stubbs fue una desgracia tropezarse con el jefe de la guardia personal de Zora en su huida, apenas iniciada, ya que ni siquiera había tenido tiempo de salir de los sótanos del palacio.

Y es que Dathan, aparte de alto y musculoso, era un extraordinario luchador, tanto con armas como sin ellas. No tenía rival, vencía a todos cuantos se enfrentaban a él, ya fuera en lucha amistosa o verdadera.

Ese era la razón principal de que Zora le hubiese nombrado jefe de su guardia personal, su fortaleza y su destreza en la lucha.

Jerold y Len se quedaron parados al ver a Dathan, con el que casi se dan de bruces. Y no pudieron evitar sendos escalofríos, pues sabían perfectamente quién era y cómo peleaba.

Dathan se detuvo también, sorprendido, pero inmediatamente empuñó su espada y ordenó:

—¡Arrojad las armas, terrestres!

Jerold y Len no obedecieron.

Temían a Dathan y sabían que tenían escasas posibilidades de vencerle, entre otras cosas porque ellos distaban mucho de hallarse en las mejores condiciones físicas y no eran hábiles con armas tan primitivas como la espada y el puñal, pero atacaron al jefe de la guardia personal de Zora.

No querían volver a la mazmorra.

Y menos aún, evitar de nuevo la cámara de tortura. Preferían morir luchando por su libertad con Dathan.

Jerold fue el primero en buscar el cuerpo del peligroso rival con la espada que empuñaba, pero el acero fue hábilmente desviado por la espada de Dathan, quien un segundo después descargaba su puño izquierdo sobre el rostro del terrestre, enviándolo al suelo.

Len trató también de asestar con su espada al jefe de la guardia personal de Zora, pero éste dio un ágil salto y burló limpiamente la estocada.

Dathan, descargando su espada por el cancho del acero, en vez de hacerlo por el filo, propinó un fuerte y doloroso golpe en antebrazo del terrestre.

Len dio un grito y soltó la espada, que se estrelló contra el

suelo.

Y antes de que pudiera recuperarla o hacer uso del puñal, Dathan le asestó un tremendo puñetazo en la cara.

Len rodó por

los suelos,

como Jerold.

Este se

irguió con

prontitud.

No había perdido la espada en la caída y se dispuso a atacar de nuevo al jefe de la guardia personal de la soberana de Gluto.

Dathan sonrió.

—Sois valientes, terrestres. Pero no podréis conmigo.

Dathan es demasiado poderoso.

—¡Maldito! —rugió Jerold, y se lanzó hacia adelante, intentando alcanzar el lado izquierdo del cuello de su rival con el filo de su espada.

Hubiera sido una herida mortal, pero la espada de Dathan se interpuso a tiempo y detuvo el acero enemigo.

Jerold quiso clavarle el puñal en el costado derecho, pero

Dathan le adivinó la intención

y le soltó un terrible rodillazo en el estómago, obligándolo a encogerse y a bramar de dolor.

Entonces Dathan le golpeó en la cabeza, con la empuñadura de su espada, y Jerold se desplomó sin sentido, quedando inmóvil en el suelo.

Len, que ya se estaba incorporando, le lanzó su puñal a Dathan, con la esperanza de incrustárselo en el pecho, pero el jefe de la guardia personal de Zora saltó velozmente de lado y esquivó el arma.

El terrestre se quedó desarmado.

Dathan fue hacia él.

—Estás perdido, terrestre.

—¡Bastardo! —rugió Len, y le atacó valientemente con los puños.

Dathan le propinó un golpe en el estómago, con el ancho de la espada, y cuando el terrestre se dobló, rugiendo de dolor, volvió a golpearle, esta vez en la cabeza.

Len se derrumbó en el acto y quedó tendido en el suelo, sin conocimiento, como Jerold.

El nuevo intento de fuga, había fracasado también.

Volverían a la sucia y húmeda mazmorra.

Antes, sin embargo, pasarían un mal rato en la sala de tortura.

CAPITULO VII

La *Star-CX* seguía surcando el espacio sideral como un meteoro.

Habían pasado dos días y al tercero le quedaban sólo unas horas, ya que el reloj digital de la cabina de mandos indicaba las 21,35.

Thick Shore se encontraba solo en la cabina, porque Kurt Fellner le había confiado los mandos antes de retirarse a descansar, lo mismo que Tara Donley y Wella Hepton.

Como cada cual ocupaba un camarote distinto, Thick se decía que Kurt no tardaría en trasladarse al camarote de Tara. O Tara al camarote de Kurt, según como hubieran quedado.

Y Thick, claro, envidiaba a su socio.

Kurt podía hacer el amor con Tara, mientras que él, con Wella, nada de nada todavía. Y es que aún no había averiguado si Wella era la novia de Len Stubbs o sólo una buena amiga, porque no había tenido oportunidad de preguntárselo.

Aquella noche, por fin, se le presentó, pues Wella entró en la cabina de mandos luciendo una bata corta y fumando un cigarrillo carente de nicotina.

—Hola, Thick —dijo, con una suave sonrisa.

Shore, después de mirarle fugazmente las esbeltas piernas, preguntó:

—¿Ocurre algo, Wella?

—No, nada.

—Se supone que deberías estar durmiendo.

—No podía conciliar el sueño, así que abandoné la litera, encendí un cigarrillo y dejé el camarote. ¿Puedo fumármelo aquí, mientras converso un poco contigo?

—Naturalmente —sonrió Thick—. Siéntate, Wella.

—Gracias.

Wella Hepton se sentó en el sillón de al lado y cruzó las piernas, mostrándolas aún más.

—En cuanto acabe con el cigarrillo volveré a mi camarote —dijo llevándoselo a los labios.

—A mí no me molesta, te lo aseguro —carraspeó Shore, posando nuevamente los ojos en los sedosos muslos femeninos.

—¿De veras que no?
—Al contrario, prefiero tu compañía. Y es que estaba deseando hablar contigo, ¿sabes?
—¿En serio?
—Sí, desde que emprendimos el viaje esperaba la oportunidad de preguntarte algo, Wella.
—¿El qué?
Thick la miró fijamente a los ojos.
—¿Es cierto que eres la novia de Len Stubbs?
—Hombre, tanto como su novia...
—¿Estás enamorada de él? ¿Le quieres?
—Le quiero, sí, pero...
—Qué mala pata — rezongó el rubio.

—¿Por qué dices eso?

—Por nada, olvídalo.

—Respóndeme, te lo ruego.

—¿Para qué? Sería perder el tiempo.

—Tal vez no.

Shore guardó silencio. Ya no miraba a los ojos a Wella Hepton. Ni siquiera le miraba las piernas. Tenía los ojos fijos en el espacio cósmico. Wella sonrió suavemente.

—Thick...

—¿Qué?

—Mírame, por favor.

Shore

obedeció.

—¿Te gusto, Thick? —preguntó Wella.

—Mucho.

—Tú también me gustas a mí, ¿sabes?

—Pero quieres a Len Stubbs.

—También quiero a mi hermano.

—Ese querer es distinto.

—No, es muy parecido al que siento por Len. Shore respingó.

—¿Estás tratando de decirme que...?

—No soy la novia de Len. Le quiero mucho porque es el mejor amigo de Jerold, pero no estoy enamorada de él, como tampoco está enamorada Tara de mi hermano, pese a que también le quiere mucho. De quien se está enamorando Tara es de Kurt.

—Y yo de ti, Wella —confesó Shore.

A la hermana de Jerold le brillaron los ojos.

—¿Estás seguro, Thick?

—Sí.
—¿Por qué no conectas el piloto automático, me tomas entre tus brazos, y me das un beso largo y apasionado? — sugirió Wella.
—Me has adivinado el pensamiento —respondió Thick, y puso el piloto automático.
Wella se deshizo del cigarrillo, se levantó del sillón y se sentó en las rodillas de Thick, pasándole seguidamente los brazos por el cuello.
—Recuerda que el beso tiene que ser largo y apasionado, ¿eh? —dijo, con picara sonrisa.
—No temas, no te defraudaré —aseguró Thick, estrechándola entre sus brazos y besándola con tremendo ardor.
Tan sólo unos segundos después empezaba a acariciarle los muslos.
Luego le abrió la brillante y delgada bata para acariciarle también los senos, cálidos y duros. Lo estaba haciendo ya, cuando Wella separó su boca de la de él y preguntó:
—Supongo que después de esto me harás el amor, ¿verdad?
—¿Cómo puedes dudarlo?
—Bueno, es que me he enterado de que una tal Suzzanne, también conocida como
«Miss Pechos», y tú, os empleasteis demasiado a fondo la noche anterior a la partida, y

no sé si...
Shore tosió con fuerza.
—¿Quién te lo ha dicho?
—Tara —respondió Wella, conteniendo la risa—. Estaba presente cuando Kurt te llamó.
—No fue tanto, te lo aseguro —carraspeó el rubio—. Prueba de ello es que estoy totalmente recuperado. —Tendrás que demostrármelo, Thick.
—Lo estoy deseando, créeme —sonrió Shore, y volvió a besarla ardorosamente.

*
*
*

Sexto día de viaje.
La *Star-CX* no se había visto obligada a reducir su fantástica velocidad por ningún motivo. Todo había funcionado perfectamente y no había habido necesidad de superar problema alguno.
Por ello, y de acuerdo con los cálculos realizados por Kurt Fellner, la cámara telescópica de la nave no tardaría en captar la imagen de Gluto y ofrecerla a través de la pantalla.
Thick Shore lo sabía y estaba muy pendiente de la pantalla telescópica, porque era su socio quien pilotaba la nave en aquellos momentos.
Tara Donley y Wella Hepton, informadas también de que se estaban aproximando al peligroso planeta, llevaban ya un rato en la cabina de mandos, esperando la aparición de Gluto.
Algunos minutos después la pantalla telescópica ofrecía la imagen todavía muy distante, de un pequeño mundo.
Kurt sonrió ligeramente y dijo:
—Es Gluto.

CAPITULO VIII

La *Star-CX* se había posado ya en Gluto, en un lugar apropiado, prudentemente distanciado del reino de Zora. Era importante que la nave no fuera descubierta por los soldados de la soberana, pues si la detectaban sería mucho más difícil burlarlos y alcanzar el palacio de Zora.

Kurt Fellner y Thick Shore habían sustituido sus plateados monos de vuelo por sendo trajes, se habían puesto unas botas altas y fuertes, y se habían colocado sendos cintos, con una pistola de rayos láser en cada uno de ellos.

—Yo también quiero un arma —dijo Tara Donley.

—Y yo —habló Wella Hepton.

Kurt, tras cambiar una mirada con Thick, dijo:

—No las necesitáis, preciosas, porque vais a quedaros aquí.

—¿Qué? —exclamó Tara. —¿Quedarnos en la nave? —dijo Wella.

—Sí. —Aquí estaréis seguras —intervino Thick.

Tara sacudió la cabeza con energía.

—Yo no me quedo en la nave.

—Ni yo —hizo saber Wella.

Kurt y Thick volvieron a mirarse.

Habían hablado los dos del asunto y ambos temían que las chicas se empeñaran en acompañarles. Sospechaban que sería muy difícil disuadirlas, pero Kurt lo intentó:

—Es mejor que permanezcáis en la nave. Aquí no os puede suceder nada. Si venís con nosotros os arriesgáis a caer en poder de los soldados de Zora. Y si eso sucediera vuestra condición de mujeres no os libraría del castigo que reciben los extranjeros que osan pene- trar en el reino de Zora. Seréis maltratadas, azotadas, y puede que torturadas también. Eso suponiendo que Zora no nos condene a todos a muerte.

Tara y Wella se estremecieron visiblemente. Thick apoyó las palabras de su socio:

—Kurt tiene razón, chicas. Si los soldados de Zora nos atrapan no os salvaréis del castigo por el hecho de ser mujeres, así que debéis quedaros en la nave.

Tara movió la cabeza de nuevo.

—Correremos la misma suerte que vosotros. Y si los soldados de Zora nos atrapan, mala suerte. Es un riesgo que estamos obligadas a correr, puesto que hemos venido a Gluto a rescatar a Jerold y Len, y no es justo que corráis el peligro vosotros dos solos.

—Exacto —intervino Wella—, Además, si vosotros caéis en poder de la gente de Zora y no regresáis, ¿qué haremos Tara y yo? Nosotras no sabemos pilotar la nave, así que no podríamos abandonar Gluto y volver a la Tierra.

Como esto era verdad, Kurt y Thick no pudieron rebatir las palabras de Wella Hepton. Tara Donley puso la mano.

—Dame una pistola, Kurt.

—Y otra para mí —dijo al instante Wella, poniendo también la mano.

Kurt lanzó un suspiro.
—De acuerdo, vendréis con nosotros. Y ojalá no tengáis que arrepentiros.

*
*
*

Habían descendido los cuatro de la nave.
Kurt y Thick, además de las pistolas, portaban sendos fusiles, también de rayos láser. Era conveniente llevar armas de mayor alcance, y más en aquella ocasión.
La aventura era realmente difícil y peligrosa, así que todas las precauciones eran pocas.
Se alejaron los cuatro de la nave, con paso silencioso y las armas prestas. Kurt abría la marcha, seguido de Tara y Wella, y Thick cerraba la pequeña columna.
El terreno era rocoso, lo que favorecía el avance de los terrestres, pues quedaban ocultos por las numerosas rocas, casi todas ellas de varios metros de altura.
Las rocas tenían un color ocre, lo mismo que el suelo, tan duro y seco, que las botas de
Kurt, Tara y Wella no dejaban ninguna huella.
Caminaron durante casi media hora sin que sucediera nada.
Los terrestres avanzaban con cautela y apenas hablaban. Cuando tenían que decir algo, lo hacían en voz baja.
De pronto, al sortear una gran roca, se vieron atacados por un animal monstruoso. El
bicho recordaba bastante al camaleón, puesto que se trataba de un reptil saurio de cuerpo comprimido, ojos grandes y salientes que se movían con independencia el uno del otro, cola prensil y lengua larga y contráctil.
La diferencia, con respecto al camaleón, estribaba en que el animal tenía un par de cuernos rectos, muy afilados, y el cuerpo cubierto de brillantes escamas entre rojizas y verdosas.
El tamaño del bicho, que superaba claramente los dos metros, sin contar la cola, lo hacía sumamente peligroso, por lo que Kurt le disparó sin dudar, al tiempo que gritaba:
—¡Atrás!

El gigantesco reptil disparó su peligrosa lengua, que buscó las piernas de Kurt, pero éste dio un gran salto al tiempo que accionaba su fusil y no fue atrapado por el animalote, que rugió de forma ensordecedora al recibir el rayo láser en la parte dorsal de su escamoso cuerpo.

Tara y Wella, aterrorizadas por la repentina aparición del saurio gigante, no retrocedieron con la necesaria rapidez y la primera se vio apresada por la poderosa lengua del bicho.

Se enroscó en su pierna derecha, tiró con fuerza, y la hizo caer. Tara dio un angustioso chillido.

—¡Socorro!

Wella dilató los ojos.

—¡Tara! —gritó, horrorizada.

Thick acudía ya en ayuda de Tara, disparando su fusil.

—¡Tenemos que acabar con ese monstruoso reptil, Kurt!

—¡Y cuanto antes! —respondió su socio, accionando el gatillo de nuevo.

Esta vez Kurt apuntó a la lengua del reptil, que seguía tirando de la pierna de Tara.

La muchacha, desesperada, se agarraba al suelo, pero no podía evitar que el saurio la arrastrara hacia su bocaza, porque su pegajosa lengua tenía una gran fuerza.

Por fortuna Kurt no erró el disparo y el rayo láser abrasó y destrozó la gigantesca lengua del reptil, que soltó inmediatamente la pierna de Tara.

—¡Aléjate, rápido! —gritó Kurt.

Tara obedeció. Wella la ayudó a alejarse del saurio.

—¿Estás bien, Tara?

—¡Sí!

—¡Pensé que había llegado tu hora!

—¡Y yo, Wella!

Kurt y Thick seguían disparando sobre el gigantesco reptil, que bramaba como loco. Se le habían ido las ganas de utilizar su lengua, pero no la larga cola ni los afilados cuernos, y con ellos atacó a la pareja de varones terrestres.

Su cola prensil buscó a Thick; sus rectos cuernos, a Kurt.

Este se desplazó velozmente hacia su izquierda, para evitar la doble cornada, mientras gritaba:

—¡Cuidado, Thick!

Shore corrió también, para no verse atrapado por la cola del bicho. Y no fue atrapado, pero sí golpeado por ella.

El rubio dio un grito de dolor y cayó al suelo, perdiendo el fusil.

—¡Thick! —chilló Wella, al verlo caer.

—¡Ayudémosle! —gritó Tara.

Hicieron funcionar las dos sus respectivas pistolas de rayos láser.

Y como Kurt accionó nuevamente su fusil el animal quedó literalmente destrozado. Todavía se movía, aunque débilmente, porque le quedaba muy poca vida.

Sus rugidos ya no eran poderosos, sino agónicos.

Tara y Wella, más próximas a Thick que Kurt, ayudaron al rubio a apartarse de la bestia, que aunque moribunda aún podía causar daño con su cola.

Kurt dio un rodeo y se reunió con Thick y las chicas, sin perder de vista al reptil, que seguía agonizando.

—¿Cómo te encuentras, socio?

—Estoy bien, Kurt.

—¿Dónde te golpeó el

saurio?

—En la espalda.

—¿Te duele?

—Un poco, pero se me pasará.

El reptil emitió un ronco quejido y quedó rígido.

—Ha muerto —advirtió Kurt.

—No lo siento en absoluto —rezongó Thick.

—Nos ha dado guerra, ¿eh, socio?

—Demasiada.

—A mí me tiembla todo —confesó Tara.

—Y a mí —dijo Wella. Kurt las miró y sonrió.

—Si nos hubierais hecho caso y os hubieseis quedado en la nave...

—Ni hablar —dijo Tara.

—Nuestro puesto está junto a vosotros, para bien o para mal —añadió Wella. Ahora fue Thick quien sonrió.

—Son dos chicas valientes, ¿eh, Kurt?

—Desde luego, socio. Y ahora será mejor que nos larguemos de aquí cuanto antes. Los rugidos del reptil se habrán oído desde muy lejos y eso no es bueno para nosotros.

Estoy de acuerdo —respondió Thick, y recogió su fusil. Después reanudaron la marcha.

CAPITULO IX

Kurt, Tara, Wella y Thick habían extremado su cautela, porque se hallaban ya en el reino de Zora.

Las rocas habían quedado atrás y ahora avanzaban por un espeso bosque. El palacio de Zora quedaba aún distante, pero Kurt confiaba en alcanzarlo antes de que oscureciera.

Todavía no se había tropezado con ningún grupo de soldados, pero podía ocurrir de un momento a otro. De ahí que avanzaran con todos los sentidos alerta.

Algunos minutos después, Kurt creyó oír unas voces lejanas y se detuvo en el acto, obligando a Tara, Wella y Thick a detenerse también.

—¿Qué ocurre, Kurt? —preguntó Tara, a media voz.

—Creo que viene gente hacia aquí —respondió Fellner, en el mismo tono.

—¿Soldados de Zora? —preguntó Wella.

—Seguro.

—Escondámonos, Kurt —sugirió Thick.

—Sí, hay que evitar que nos descubran. Ocultémonos, rápido.

En sólo unos segundos, quedaron los cuatro perfectamente camuflados en el follaje. Estaban muy quietos y contenían la respiración.

Las voces detectadas por Kurt sonaban ahora más cerca.

Eran voces varoniles.

Se oían también unos ruidos similares a los que producen los caballos al caminar, lo que hizo sospechar a los terrestres que los hombres que se aproximaban iban montados, si no en caballos, en algún tipo de animal parecido.

Poco después surgían por entre los árboles. Eran, efectivamente, soldados de Zora.

Iban unos diez o doce, y montaban una especie de cebras con un cuerno en la frente, recto y con unos cuarenta centímetros de longitud.

Los soldados llevaban casco, peto metálico, lanza y escudo, aparte de la espada y el puñal que pendían de su

cinto. Llevaban sus monturas al paso e iban conversando entre ellos.

Como hablaban en su lengua, los terrestres no pudieron saber lo que decían, pero adivinaron que los soldados estaban hablando de algo divertido, porque casi todos ellos reían.

Los hombres de Zora pasaron muy cerca del lugar en donde permanecían ocultos los terrestres, pero no los descubrieron. Se estaban alejando ya, cuando ocurrió algo que echó por tierra todas las precauciones de Kurt, Tara, Wella y Thick.

La culpa la tuvo una araña. Y no una araña cualquiera. Era grande como una tortuga, negra, peluda. Una araña terrorífica de verdad. Y venenosa, seguro.

Wella fue la primera en descubrirla.

La vio tan cerca de su mano izquierda, preparándose para picarle e inyectarle su veneno,

que no pudo reprimir un chillido de terror lanzado al tiempo que daba un tremendo salto, para apartarse de la gigantesca araña.

Los soldados, al oír el grito femenino, detuvieron sus cabalgaduras y se volvieron, descubriendo a Wella.

—¡Una extranjera!

—¡Estaba escondida en el follaje!

—¡Puede que haya más!

—¡Vamos a por ella y lo sabremos!

Los soldados se lanzaron hacia el lugar en donde estaban escondidos los terrestres.

Thick había visto la enorme araña un instante después de que Wella chillara y saltara, y la había machacado con la culata de su fusil, de un solo golpe y sin dejarse ver.

Aunque esto último de poco iba a servir, claro, porque ya habían sido descubiertos por los hombres de Zora, así que la lucha iba a ser inevitable.

Era lo que se decía Kurt, quien sin dudarlo ni un segundo más disparó sobre uno de los soldados y le alcanzó en pleno rostro.

El tipo se vio literalmente arrancado de su cabalgadura, aunque él no se enteró de que caía al suelo, porque ya estaba muerto. El rayo láser le había destrozado la cara y lo que había detrás.

Thick hizo funcionar también su fusil y se cargó a otro soldado.

Tara accionó su pistola, siendo imitada por Wella, que falló el disparo, porque aún no le había pasado el susto que le diera la terrorífica araña y le temblaba el brazo.

El disparo de Tara alcanzó en el pecho a uno de los

soldados, destrozándole el peto metálico, a la vez que lo convertía en una coraza candente, dado el extraordinario poder calorífico del rayo láser.

El soldado saltó de su montura aullando de dolor, y se revolcó por el suelo con desesperación. El rayo láser no le había llegado al pecho, pero el peto metálico estaba poco menos que al rojo vivo y le estaba abrasando la caja torácica.

Desgraciadamente, no hubo tiempo de efectuar más disparos, porque los soldados de Zora embistieron con sus monturas a los terrestres y luego saltaron sobre ellos, para reducirlos y llevarlos al palacio de su soberana.

La lucha cuerpo a cuerpo fue inevitable.

Kurt esquivó un golpe de lanza proyectado sobre su cabeza, y luego le soltó un culatazo en plena cara al soldado que le atacaba, derribándolo.

Thick supo esquivar también el ataque de uno de los soldados, respondiendo con un golpe al cuello del tipo, propinado con la culata de su fusil.

El soldado se derrumbó, emitiendo un ronco gemido.

Tara había caído al suelo, empujada por una de las cebras con cuerno, y cuando se disponía a levantarse un soldado se le echó encima y le atizó un puñetazo en el mentón, dejándola inconsciente.

Wella también se vio derribada, pero no por una de las cabalgaduras de la gente de Zora, sino por el escudo de un soldado, que la empujó violentamente.

Y antes de que pudiera incorporarse el soldado cayó sobre ella y la golpeó en el rostro, dejándola sin conocimiento.

Kurt y Thick se defendieron como jabatos, pero como tenían que vérselas con muchos

enemigos a la vez, se vieron finalmente reducidos.

Thick recibió un terrible golpe en la parte posterior del cráneo, propinado con una lanza, y se desplomó sin sentido.

Un par de segundos después era Kurt quien se veía golpeado por la espalda, y también él se vino abajo, inconsciente.

Fue el final de la lucha.

Una lucha que los terrestres no habían podido ganar, debido a la superioridad numérica de sus rivales. Aunque, eso sí, habían vendido cara su derrota, matando a un par de soldados, abrasándole el pecho a un tercero y dejando inconscientes a cuatro más.

Todo ello, lamentablemente, no había servido de nada.

Estaban en poder de los soldados de Zora, serían llevados al palacio de la soberana y ella dictaría el castigo.

Un castigo que, como de costumbre, seria severo y duro.

¿Prisión?

¿Ejecución?

Habría que esperar la sentencia de Zora para saberlo.

*
*
*

Tara Donley fue la primera en volver en sí, descubriendo que viajaba cruzada sobre el lomo de una de las cebras con cuerno en la frente, delante del soldado que guiaba la cabalgadura.

Le habían atado las manos a la espalda, y también los pies, amén de haberlas despojado del cinto, de las botas y del traje. Solamente conservaban el diminuto pantaloncito

brillante, que prácticamente no cubría nada por la parte de atrás.
Tara lo sabía y por eso enrojeció, pues dada la forma en que viajaba sobre el lomo de la cebra su desnudo trasero quedaba totalmente expuesto a los ojos del soldado que la transportaba.
Y no era eso lo peor, porque si el tipo no se conformaba con mirarle la tentadora grupa, no tenía más que mover un poco la mano y...
Por el momento, sin embargo, la mano del soldado siguió quieta. Y Tara pidió al cielo que continuara así.
Sin levantar mucho la cabeza, para que el soldado no se diera cuenta de que había recobrado el conocimiento, buscó con la mirada a Kurt, Thick y Wella. A quien primero vio fue a Wella.
Viajaba, como ella, cruzada sobre los lomos de la cabalgadura de un soldado, delante de éste, atada de pies y manos, prácticamente desnuda... e inconsciente.
El hermoso trasero de Wella también debía de ser una tentación para el soldado que la transportaba, pero el tipo no se aprovechaba de la situación, limitándose a guiar su montura.
Kurt y Thick viajaban solos, cada uno en una cabalgadura distinta, sin jinete, aunque dos

soldados tiraban de las bridas de la pareja de monturas.

También ellos habían sido despojados de los cintos, las botas y los trajes antes de ser atados de pies y manos y cargados sobre el par de cebras con cuerno.

Continuaban los dos inconscientes.

Tara se alegró de que al menos los cuatro siguieran vivos, que ninguno de ellos hubiera perecido en la lucha. Se decía, sin embargo, que les iba a resultar muy difícil escapar del palacio de Zora, en donde sin duda les aguardaban golpes, tandas de azotes, y probable- mente dolorosas torturas.

Y tal vez la muerte...

Tara sintió frío por todo el cuerpo sólo de pensarlo.

Sintió también deseos de llorar.

Pero no lo hizo.

Ella había querido acompañar a Kurt y Thick en aquella peligrosa aventura, lo mismo que Wella, y ahora estaba obligada a aceptar con entereza las consecuencias.

CAPITULO X

Los soldados seguían su marcha hacia el palacio de Zora.

Tara Donley no levantaba la cabeza ni se movía, para hacer creer al soldado que la transportaba que continuaba inconsciente. Pensaba que era mejor para ella.

Y los hechos parecían darle la razón, ya que el tipo seguía sin aprovecharse de ella. Tampoco el soldado que transportaba a Wella Hepton en su cabalgadura se había aprovechado hasta el momento.

Tara estaba muy pendiente de Wella, así como también de Kurt Fellner y Thick Shore, para saber cuándo volvían en sí. Esperaba y deseaba que Kurt y Thick se recobrasen pronto, pero prefería que Wella continuara sin sentido.

Si se despertaba y empezaba a moverse, seguramente tendría problemas con el soldado que la llevaba en su montura. Desgraciadamente, Wella volvió en sí antes que Kurt y Thick.

Tara se dio cuenta al ver que su amiga levantaba la cabeza.

—¿Dónde estoy? ¿Qué ha pasado? —exclamó Wella, moviendo los brazos y las piernas. Entonces descubrió que estaba atada de pies y manos.

Y que únicamente conservaba el reducido pantaloncito dorado.

—¡Dios mío, estoy desnuda! —gritó, mirando al soldado que la transportaba en su cabalgadura.

El tipo sonrió desagradablemente y posó su mano derecha en el redondeado trasero femenino, apretándolo sin la menor delicadeza.

—Te has despertado ya, ¿eh?

Wella se tensó como una cuerda de violín, al tiempo que se ponía colorada como un tomate.

—¡Quita la mano de ahí, so cerdo!

El soldado, aunque no entendía lo que decía la mujer

terrestre, dejó oír su bronca risa.

—¡Será mejor que te relajes, hermosa extranjera! —dijo, y le dio una sonora palmada en la grupa.

Wella lanzó un grito, porque el azote había sido duro y doloroso.

—¡Cobarde! ¡Puerco! ¡Gusano!

—¡Silencio, extranjera! —ordenó el soldado, descargando de nuevo su ruda mano sobre las prietas nalgas femeninas, enrojecidas ya por el azote anterior y por los apretones previos al mismo.

Wella volvió a gritar.

Se disponía a insultar de nuevo al soldado, cuando oyó la voz medio ahogada de Tara.

—¡Obedece, Wella!

La hermana de Jerold se volvió hacia ella.

—¡Tara!

—¡No hables ni te muevas!

—¡Es que me está apretando el...!

—¡No importa!

—¿Que no...?

Tara iba a responder, cuando de pronto la mano del soldado que la llevaba en su cabalgadura cayó sobre su desnudo trasero y lo oprimió con fuerza.

—Tú también te has despertado, ¿eh? —dijo el tipo, que la había oído hablar con Wella. Tara apretó los dientes, pero no respondió ni se agitó.

Wella apretó los suyos.

—¿Tenemos que consentir que estos cerdos nos...? —masculló.

—Es un mal menor, Wella —respondió Tara.

—¿Mal menor?

—Podrían violarnos, si quisieran. Piensa en eso y verás cómo les das menos importancia a los toqueteos de trasero. Y reza para que se conformen con eso.

Wella se estremeció.

—Tienes razón, Tara. No volveré a protestar.

—Es lo mejor, Wella. Si no hacemos caso se cansarán pronto y nos dejarán en paz. No se aprovechaban de nosotras cuando estábamos inconscientes.

—¿Cómo lo sabes?

—Cuando volví en mí no estaba pasando nada. No hablé ni me moví y siguió sin ocurrir nada. Empezó cuando te despertaste tú, Wella. Si te hubieras quedado quieta y callada como yo...

Wella Hepton se mordió los labios.

—

Lo siento, Tara.

—Olvídalo.

—Lo que no podré olvidar es que nos atraparon por mi culpa. No debí chillar, pero la araña era tan grande, tan negra y tan peluda que me llené de terror.

—Yo también hubiera gritado.

—Kurt y Thick no me lo perdonarán.

—Deja de atormentarte, ¿quieres? Bastante tormento tenemos con aguantar los toqueteos de los tipos que nos llevan.

—Es verdad. El mío no se cansa, Tara.

—El mío tampoco.

—Me estoy acordando de su madre con el pensamiento.

—Y yo.

Sonrieron las dos.

Después siguieron soportando resignadamente los apretones y las palmaditas de los soldados, aunque no por mucho tiempo, porque los dos tipos como ellas no protestaban ni se agitaban, se olvidaron de sus traseros y no volvieron a molestarlas.

Zora se encontraba en 'sus aposentos, recostada sobre unos almohadones de vivos colores, comiendo algo que se parecía mucho a las uvas negras.

Arrancaba los granos uno a uno, muy lenta y suavemente, y también así, lentamente,

se los llevaba a su preciosa boca, de labios llenos, brillantes, terriblemente excitantes.

La soberana de Gluto contaba veintiséis años de edad; tenía el cabello azul; los ojos verdosos, rasgados, felinos; los pómulos altos, suavemente marcados; la nariz, perfecta; el cuello largo, elegante...

Era efectivamente una mujer bella y deseable, ya que de cuello para abajo estaba también tremenda, según podía apreciarse a través de la fina túnica color ámbar que

vestía, descaradamente transparente.

Y bajo la atrevida túnica Zora sólo llevaba un minúsculo pantaloncito brillante, que a malas penas cubría su triángulo íntimo.

Iba descalza y lucía unos aros de oro en los tobillos.

También llevaba un precioso y valiosísimo collar de esmeraldas, y un hermoso brazalete en el brazo derecho.

En el ombligo, como detalle picarón, llevaba incrustado un diamante que lanzaba continuos destellos a través de la transparente túnica.

Zora estaba mordiendo suavemente 1a última uva arrancada del racimo cuando vio entrar al jefe de su guardia personal, quien como de costumbre la acarició con los ojos.

Ella, también como de costumbre, lo miró con frialdad.

—¿Ocurre algo, Dathan?

—Extranjeros otra vez, Zora.

—Vaya. ¿Cuántos en esta ocasión? —preguntó la soberana.

—Cuatro. Dos hombres y dos mujeres.

—¿También mujeres?

—Y muy hermosas, por cierto. Aunque no tanto como tú, Zora — sonrió Dathan.

El piropo no hizo ningún efecto, al menos aparente, en la soberana de Gluto, pues siguió mostrándose fría e insensible.

—¿Los atraparon en mi reino los soldados?

—Sí.

—¿Ofrecieron mucha resistencia?

—Bastante. Dieron muerte a dos soldados, le abrasaron el pecho a un tercero y golpearon duramente a otros cuatro.

—Lo lamentaran.

—¿Quieres verlos, Zora?

—Sí, pero no aquí, sino en el salón del trono. Que los lleven allí, Dathan —ordenó la soberana.

—Ahora mismo.

Zora se deshizo del racimo y se puso en pie.

Como el jefe de su guardia personal seguía allí, mirándola fijamente, preguntó:

—¿A qué esperas, Dathan?

—Me muero de ganas, Zora.

—¿De qué?

—De estrecharte entre mis brazos con fuerza, de besar tus preciosos labios, de acariciar tu maravilloso cuerpo...

—Tendrás que esperar a que yo te lo ordene.
—¿Y cuándo será eso?
—No lo sé.
—¿Esta noche, Zora?
—Ya veremos.
Dathan dio un par de pasos y le puso las manos en las formidables caderas, oprimiéndolas con suavidad.
—Te suplico que me llames esta noche, Zora.
—No te lo aseguro, Dathan.

—Estoy loco por ti, ya lo sabes. La noche que no te tengo en mis brazos no puedo dormir.

—Yo sí puedo dormir.

—¿Seguro?

—Suéltame, Dathan. Y ve a cumplir mi orden.

—¿Puedo darte un beso, Zora?

—No.

—¿Cómo puedes ser tan dura? Sabes que te amo, que daría mi vida por ti...

—A lo segundo estás obligado, como cualquiera de mis soldados.

—Yo no lo haría por obligación. Lo haría porque te quiero, Zora.

—Lo sé. Y ahora, vete —ordenó la soberana, empujándole.

—¿Me llamaras esta noche, Zora?

—Puede que sí y puede que no. Vamos, fuera.

Dathan abandonó los aposentos de su soberana visiblemente contrariado, y Zora se trasladó al salón del trono, con su cetro en las manos y una sonrisa de satisfacción en los labios, porque le encantaba hacer sufrir al jefe de su guardia personal.

CAPITULO
XI

Cuando los prisioneros terrestres fueron introducidos en el salón del trono Zora se encontraba ya en él, esperándoles, cómodamente sentada en su trono.

Kurt Fellner y Thick Shore habían vuelto ya en sí. Los soldados les habían desatado los pies, lo mismo que a Tara Donley y Wella Hepton, para que pudieran caminar.

Iban custodiados por media docena de hombres, que los amenazaban con sus lanzas, obligándolos a andar. Si alguno se detenía, aunque sólo fuera un par de segundos, inmediatamente sentía la afilada punta de una lanza en su espalda o en su trasero, presionando.

Y aun sin detenerse también la habían sentido, porque los soldados gozaban pinchándoles con sus lanzas. Pinchazos leves, desde luego, pero dolorosos, que habían hecho brotar algunas gotas de sangre en las espaldas y en los traseros de los cautivos.

Principalmente en los de Kurt y Thick, porque con Tara y Wella los soldados parecían tener un poco más de consideración y las hostigaban menos con sus lanzas.

Delante de los prisioneros entró Dathan, que aún seguía enfadado por la frialdad y orgullo con que una vez más le había tratado Zora.

La soberana de Gluto observó primeramente a Tara y Wella, comprobando que efectivamente se trataba de dos mujeres bellas y atractivas.

Después se fijó en Kurt y Thick, y sus felinos ojos despidieron un destello al posarse en los poderosos músculos del segundo. Sin embargo, le gustó más la cara del primero.

Kurt y Thick, por su parte, observaron también detenidamente a la soberana de Gluto, admirando la belleza de su rostro y la perfección de su cuerpo, que ella les mostraba sin el menor rubor a través de la transparente túnica.

Tara y Wella miraban asimismo a Zora, pero ellas, más que en su hermosura, pensaban en la dureza de su corazón y en el castigo que decidiría imponerles por haberse atrevido a penetrar en su reino.

¿Los condenaría a los cuatro a muerte?

No tardarían en saberlo, pues intuían que habían sido

llevados a presencia de la soberana para que ella dictara sentencia.

Dathan se volvió hacia los prisioneros.

—¡De rodillas, extranjeros! —ordenó, en su lengua.

Los terrestres, como no lo entendieron, continuaron erguidos.

—¡Arrodillar! —gritó Dathan esta vez en la lengua que hablaban los cautivos, que él entendía y chapurreaba un poco, porque eran bastantes los terrestres que habían sido hechos prisioneros en el reino de Zora y trasladados a palacio, para ser encerrados en las mazmorras o ejecutados.

Y como estaba de mal humor, el jefe de la guardia personal de Zora acompañó la palabra terrestre con un terrible puñetazo al estómago de Thick.

El corpulento rubio emitió un rugido de dolor y cayó de rodillas.

—¡Cobarde! —gritó Kurt, haciendo ademán de atacar a Dathan. No podía utilizar las manos, pero sí las piernas y la cabeza.

Se quedó con las ganas de vengar a Thick, sin embargo, porque un soldado le propinó un

duro golpe en la espalda, con su lanza, y lo hizo caer de bruces.

Tara y Wella fueron empujadas por un par de soldados y doblaron también las piernas, quedando postradas ante la soberana de Gluto, igual que Kurt y Thick.

Como quena Dathan.

Zora sonrió en su trono, pero no dijo nada.

Thick levantó la cabeza y miró al jefe de la guardia personal de la soberana. Más que mirarlo, lo destripó con los ojos.

—¡Grandísimo hijo de perra!

—¡Silencio! —ordenó Dathan, y le atizó un patadón en el pecho. Thick aulló de dolor y volvió a bajar la cabeza.

Kurt fue a levantarse, pero un soldado le puso el extremo de su lanza en el cuello, amenazando con atravesárselo si se movía, y el terrestre, muy a pesar, desistió de incorporarse.

Thick volvió a levantar la cabeza y desintegró nuevamente con la mirada al jefe de la guardia personal de Zora. Iba a insultarle de nuevo, cuando oyó susurrar a Wella.

—No digas nada, Thick, por favor. El tipo te seguirá golpeando.

Shore comprendió que la hermana de Jerold tenía razón y, aunque se moría de ganas de llamarle de todo a Dathan, se mantuvo callado.

No le convenía que el tipo se ensañara con él, porque le dejaría sin fuerzas y las necesitaba todas para tratar de vencer la resistencia de las ligaduras que sujetaban sus manos.

Y era mucho, por cierto.

Kurt se dijo lo mismo y tampoco él dio nuevos motivos para ser golpeado por Dathan o por los soldados.

Al verlos a los cuatro quietos y silenciosos, el jefe de la guardia personal de Zora se volvió hacia su soberana y dijo:

—Puedes dictar sentencia, Zora.

—No tengo ninguna prisa.

—¿Deseas interrogarles primero?

—Sí.

—Te serviré de traductor. ¿Con quién quieres hablar, Zora?

—Con el del pelo negro y rizado. Que se ponga en pie.

Dathan miró a Kurt Fellner.

—¡Levantar! ¡Levantar!

El terrestre entendió y se puso en pie lentamente.

—¡Zora querer hablarte! ¡Tú responder, extranjero! —dijo Dathan. Kurt clavó los ojos en la soberana de Gluto.

—Te escucho, hermosa Zora.

—¿Qué ha dicho? —pregunto ella. Dathan tradujo:

—El extranjero dice que eres hermosa, Zora, y que espera tus preguntas.

—¿Cómo te llamas, extranjero?

—preguntó la soberana. Dathan

tradujo y el terrestre respondió:

—

Kurt.

—¿Kurt? —repitió Zora.

—Sí, ése es mi nombre.

—¿Por qué penetrasteis en mi reino, Kurt? ¿Veníais en busca de tesoros? Fellner esperó la traducción de Dathan y movió la cabeza negativamente.

—No vinimos en busca de tesoros, hermosa Zora. Sé que muchos lo hacen, pero nosotros no deseábamos robarte nada. Nos atrevimos a penetrar en tu reino porque queríamos rescatar a dos amigos nuestros que están en tu poder. Aunque quizá hayan muerto. Se llaman Jerold y Len.

—Jerold y Len seguir con vida —informó Dathan.

—¿Seguro? —se alegró Kurt.

—Estar encerrados en mazmorra.

Kurt se volvió hacia Tara y Wella.

—¿Lo habéis oído? ¡Jerold y Len siguen vivos!

—Gracias a Dios —respondió Wella, sintiendo que los ojos se le humedecían. Tara también se emocionó.

Zora, impaciente por conocer la respuesta de Kurt, ordenó:

—Traduce, Dathan.

Este le trasladó las palabras del terrestre.

Zora, tras unos segundos de meditación, preguntó: —¿Crees que dice la verdad, Dathan?

¿Que no venían en busca de tesoros?

—No lo sé. Aunque no creo que eso importe mucho, Zora.

—¿Cómo que no?

—Penetraron en tu reino y dieron muerte a dos soldados. Y la muerte se paga con la muerte, Zora. Debes ordenar su ejecución. Al menos la de los dos hombres. Las mujeres, como son jóvenes y hermosas, pueden servir como esclavas.

Zora lo miró con ironía.

—Te gustaría hacer el amor con ellas, ¿verdad? -No.

—¿Seguro?

—Yo sólo deseo hacer el amor contigo, Zora. Y tú lo sabes. No me importa ninguna otra mujer, ni de tu reino ni extranjera.

La soberana de Gluto meditó el asunto de nuevo. —Traduce, Dathan.

—Sí.

—Jerold y Len vinieron en busca de tesoros, Kurt. Por eso ordené que los encerraran en una mazmorra. No quise condenarles a muerte porque ellos no habían matado a

ninguno de mis soldados, pero tenían que ser duramente castigados. Han intentado escapar varias veces, pero han fracasado. Y como castigo han sido torturados.

Zora se interrumpió, para que Dathan tradujera sus palabras.

Kurt escuchó atentamente al jefe de la guardia personal de la soberana, lo mismo que Thick, Tara y Wella. Lo de la tortura hizo que los cuatro se estremecieran, aunque ya sospechaban que Jerold y Len lo estarían pasando francamente mal en su cautiverio.

Zora prosiguió:

—Vuestro caso es distinto, Kurt. No habéis venido en busca de tesoros, sino a rescatar a Jerold y Len, pero habéis dado muerte a dos de mis soldados. Y eso no os lo puedo perdonar. La muerte, como dice Dathan, debe pagarse con la muerte.

Dathan sonrió ligeramente y tradujo.

Lo de la muerte hizo que los terrestres se estremecieran de nuevo, más profundamente que antes.

Kurt se apresuró a explicar:

—Tus soldados nos atacaron, hermosa Zara, y no tuvimos más remedio que defendemos. Lamentamos que dos de ellos murieran, te lo aseguro.

La soberana escuchó la traducción de Dathan y dijo:

—Eso os disculpa, Kurt, pero sólo en parte. El hecho es que murieron dos soldados y tenéis que pagar por ello. Dathan me aconseja que os condene a ti y a tu compañero a muerte, y que convierta en esclavas a las dos mujeres. Creo que sería una sentencia justa. No obstante, voy a darte la oportunidad de salvar tu vida y la de tu compañero, Kurt. Si aceptas luchar con Dathan y consigues vencerle os concederé la libertad a los cuatro. Y también dejaré libre a Jerold y Len.

CAPITULO
XII

Dathan, que había fruncido el ceño al oír que Zora pensaba darle a Kurt Fellner la oportunidad de salvar su vida y la de Thick Shora, volvió a mostrarse satisfecho al escuchar que el terrestre debía luchar con él y derrotarle, para librarse de la ejecución.

Era una oportunidad engañosa, ya que el prisionero no tenía la menor posibilidad de vencerle. Eso, al menos, pensaba el jefe de la guardia personal de Zora.

Y la soberana también debía de pensar lo mismo, porque ella no solía dar oportunidades a los extranjeros que eran hechos prisioneros en su reino.

—Traduce mis palabras, Dathan —ordenó Zora, con una sonrisa.

—Con mucho gusto —respondió Dathan, e informó a Kurt de la decisión de la soberana. Kurt, después de intercambiar sendas miradas con Thick, Tara y Wella, se encaró de nuevo con la soberana de Gluto y respondió:

—Te doy las gracias por la oportunidad que me ofreces, hermosa Zora. Lucharé con Dathan y trataré de vencerle, aunque intuyo que no será fácil, dada su evidente fortaleza. Y confío en que si consigo derrotarle cumplas tu palabra y nos concedas a todos la libertad.

Dathan trasladó a Zora las palabras del terrestre.

La soberana asintió con la cabeza y dijo:

—Zora siempre cumple con sus palabras, Kurt. Si vences a Dathan seréis libres. La lucha puede empezar.

Dathan tradujo y acto seguido ordenó a uno de los soldados que soltara al terrestre que iba a luchar con él.

El soldado cortó las ligaduras que sujetaban las manos de Kurt y éste se frotó las muñecas, enrojecidas y algo despellejadas por la presión de la resistente tira de cuero.

Thick miró a Dathan y rezongó:

—Debería ser yo quien luchara con él.

—Zora me eligió a mí como rival, socio —dijo Kurt.

—El tipo es muy fuerte.

—Yo tampoco soy de mantequilla, Thick, y tú lo sabes.

—De todos modos ten mucho cuidado. Si el tipo se ve en apuros no peleará limpio.

—No temas, no me dejaré sorprender.

—Eso espero.

Dathan dio una orden y los soldados obligaron a Thick, Tara y Wella a ponerse en pie. Después los hicieron caminar hacia la pared de la izquierda.

Desde allí presenciarían la pelea, lo mismo que media docena de soldados, que se veían muy contentos, porque era un verdadero espectáculo ver en acción a Dathan, el mejor luchador del reino de Zora.

La soberana siguió sentada en su trono, con la sonrisa en los labios.

También a ella le gustaba ver en acción al jefe de su guardia personal. Sabía que Dathan no tenía rival, pero confiaba en que Kurt fuera capaz de ofrecer la resistencia suficiente como para que la pelea no acabara en seguida.

Dathan se despojó del casco, del cinto y del artístico chaleco de cuero, quedando con el

torso desnudo. Un torso amplio, musculoso, impresionante.

Thick movió levemente la cabeza.

—Tenía que haber sido yo el rival de ese mastodonte —murmuró, preocupado. Tara y Wella también estaban preocupadas, pero no dijeron nada.

Thick, aprovechando que los soldados habían dejado de vigilarle, porque estaban pendientes del comienzo de la pelea, tensó sus poderosos músculos y empezó a luchar con las ligaduras que cercaban sus muñecas.

Tenía que soltarse antes de que la pelea concluyera, pues tanto si venda Kurt como si venda Dathan tendría que luchar por su libertad.

Thick estaba seguro de ello, pues no confiaba en la palabra de Zora.

Y hacía muy bien, porque la bella soberana de Gluto no era de fiar, como más tarde se demostraría.

La pelea había comenzado ya.

Dathan fue el primero en atacar, saltando sobre Kurt Fellner, pero éste se desplazó velozmente hacia su derecha y esquivó los poderosos brazos de su rival, que pretendían hacer presa en él.

Kurt, después de burlar la acometida de su peligroso enemigo, disparó su mano izquierda de lado, como si fuera una cuchilla, y golpeó en el costado al jefe de la guardia personal de Zora.

Dathan rugió y se llevó la mano al costado, oprimiéndose las costillas. Kurt intentó golpearle de nuevo, esta vez con la mano derecha, proyectándola de canto sobre el cuello de su contrincante, pero éste levantó rápidamente el brazo izquierdo y detuvo el hachazo.

Casi al mismo tiempo Dathan disparaba su puño diestro.

Kurt no acertó a esquivarlo y recibió el puñetazo en el mentón.

Más que un puñetazo, fue una coz de caballo, y el terrestre rodó por los suelos, entre la alegría de los soldados y la preocupación, ahora mayor, de Thick, Tara y Wella.

Dathan no esperó a que Kurt se levantara. Se arrojó como un tigre sobre él, para hacerle una buena presa en el suelo y obligarle a rendirse.

Por fortuna, Kurt lo vio volar hacia él y elevó rápidamente las piernas, recibiendo con sus pies desnudos, que se encargaron de voltear espectacularmente al jefe de la guardia

personal de Zora por encima de su cabeza.

Dathan cayó un par de metros más allá, de espaldas, y como el choque fue terriblemente violento, su espinazo crujió y sus riñones casi revientan.

El dolor fue tan espantoso, que Dathan lanzó un tremendo aullido y quedó unos segundos quieto, como si no tuviera fuerzas para incorporarse y continuar la lucha.

Kurt sí que se puso en pie.

Y con mucha rapidez, además.

Zora y sus soldados pensaron que el terrestre iba a lanzarse sobre Dathan pero se equivocaron, ya que Kurt esperó a que su rival se levantara.

Thick Shore, que seguía luchando tenazmente con sus ligaduras, no pudo contenerse y exclamó:

—¡Bravo, Kurt!

—¡Así se pelea, amor mío! —gritó Tara Donley, entusiasmada.

—¡Derrota a ese gigantón, Kurt! —dijo Wella Hepton, no menos jubilosa. Los soldados, en cambio, habían fruncido el entrecejo.
No estaban acostumbrados a ver al poderoso e invencible Dathan así, tumbado de espaldas en el suelo, gimiendo de dolor.
Tampoco Zora estaba acostumbrada, pero ella, en vez de fruncir el ceño en señal de contrariedad, sonrió con satisfacción. La que le produda el que por fin el hercúleo Dathan hubiera encontrado un rival tan duro y difícil como él.
Para picarle, tomó su sonrisa burlona y preguntó: —¿Te has cansado ya de pelear con el extranjero, Dathan?
Este soltó un bramido de furia y se irguió, resistiendo el intenso dolor que sentía en la espalda.
—¡Le voy a quebrar los huesos, Zora! —aseguró.
—¿Estás seguro de poder?
—¡Ahora lo verás!
Dathan embistió a Kurt como un toro rabioso.
El terrestre, en un alarde de agilidad, burló el furioso ataque del jefe de la guardia personal de Zora y contraatacó con velocidad, golpeando en el hombro derecho a su rival, con el filo de la mano.
Dathan relinchó de dolor y se llevó la mano al hombro, momento que Kurt aprovechó para incrustarle el puño en el estómago. Se escuchó un bramido y Dathan se encogió.
Kurt se dijo que era el momento de soltarle un hachazo en la nuca, golpe que seguramente pondría fin a la pelea, pero justo cuando se disponía a descargar su mano Dathan le atacaba con la cabeza y lo derribaba.
Rodaron los

dos por el suelo.

Kurt quiso erguirse con rapidez, porque no le convenía la lucha en el suelo, pero Dathan lo agarró de las piernas y lo impidió.

—¡Ya eres mío, extranjero!

Kurt intentó zafarse de su rival, pero Dathan le apretaba las piernas con tanta fuerza que amenazaba con partírselas. Y antes de que esto sucediera el terrestre no dudó en agarrar del pelo a su adversario y tirar con fuerza de él.

Dathan aulló, con los ojos cerrados.

—¡Suéltame las piernas o te dejo calvo, compadre! —amenazó Kurt.

Dathan se resistía a soltarle, pero era tal el dolor que sentía en el cuero cabelludo que finalmente obedeció.

Kurt le soltó el pelo y se irguió de un salto.

Dathan se agarró la cabeza con ambas manos, al tiempo que se erguía también.

—¡Te voy a sacar las tripas, maldito! —bramó, y se lanzó de nuevo al ataque.

Kurt no se dejó atrapar por su enemigo, al que volvió a golpear con su mano abierta, esta vez en el hombro izquierdo.

Dathan gritó, pero aún lo hizo más fuerte cuando el puño zurdo de su rival se hundió en su hígado, lo que le obligó a doblarse.

Kurt proyectó sus dos manos sobre las orejas de su adversario, con todas sus fuerzas. Dathan dilató los ojos al máximo, porque tenía la sensación de que su cerebro había estallado. Lanzó un chillido espeluznante, pero él no oyó nada.

Se había
quedado
sordo.
Momentáneamente
al
menos.
Kurt no le concedió tregua y le golpeó en ambos . lados del cuello.
Un tercer hachazo, asestado en toda la nuca, hizo que el jefe de la guardia personal de
Zora se desplomara y quedara de
bruces, absolutamente inmóvil. Había
perdido el conocimiento.

CAPITULO XIII

Zora brincó de su trono, furiosa. No esperaba la derrota de Dathan.

Una derrota clara, contundente, humillante.

La primera que sufría el jefe de su guardia personal.

¡Y precisamente en manos de un extranjero!

Eso era lo que más enfurecía a la soberana de Gluto.

Y es que Zora no olvidaba que había prometido la libertad de los cuatro prisioneros, así como también la de Jerold Hepton y Len Stubbs, si Kurt Fellner vencía a Dathan.

Y Kurt había ganado la pelea.

Le exigiría el cumplimiento de su promesa.

Kurt, efectivamente, se volvió hacia la soberana de Gluto, mientras Thick Shore. Tara Donley y Wella Hepton lanzaban gritos y exclamaciones de júbilo.

—¡Le has dado un buen palizón, socio! —dijo Thick.

—¡Qué forma de sacudir, madre! —exclamó Tara.

—¡Ha conseguido la libertad para todos! —dijo Wella, convencida de que Zora iba a cumplir su palabra.

Thick, en cambio, seguía teniendo muchas dudas al respecto.

Más aún que antes de que comenzara la pelea, porque veía la furia reflejada en el bello rostro de la soberana de Gluto. Y esa furia no podía tener nada de bueno para ellos.

Por ello, Thick redobló sus esfuerzos por vencer la dura resistencia de sus ligaduras sin que los soldados se percataran de ello, porque todavía no habían salido de su asombro.

La derrota de Dathan los había dejado perplejos a los seis.

Y todos, sin excepción alguna, se preguntaban si *Zora.* cumpliría su palabra y dejaría en libertad a los prisioneros, u ordenaría prender de nuevo al extranjero que había sido capaz de vencer a Dathan.

Kurt, al ver el gesto de furia de la soberana de Gluto, intuyó también que iban a tener problemas. No obstante, dijo:

—He vencido a Dathan, hermosa Zora. Ahora espero que cumplas tu promesa y nos concedas la libertad. A nosotros cuatro, y también a Jerold y Len.

Zora, sin la traducción de Dathan, no podía saber lo que decía Kurt, pero adivinaba que le estaba pidiendo que los dejara a todos en libertad.

Y como no estaba dispuesta a concedérsela, ordenó:

—¡Prendedlo, soldados!

*
*
*

Dos soldados fueron inmediatamente hacia Kurt Fellner, con las lanzas por delante.

El terrestre, comprendiendo que Zora no quería devolverles la libertad, se apoderó rápidamente de la espada de Dathan y se dispuso a hacer frente con ella a la pareja de soldados que pretendía reducirle de nuevo.

Las expresiones de júbilo de Tara Donley y Wella Hepton desaparecieron

instantáneamente.
—¡Los soldados atacan a Kurt! —gritó la primera.
—¡Zora no quiere dejarnos en libertad! —adivinó la segunda.
—¡Me lo temía! —rugió Thick Shore—. ¡Sabía que esa arpía de cabellos azules no cumpliría su palabra!
Tenía las muñecas ensangrentadas de tanto luchar con sus ligaduras, pero siguió haciéndolo, más tenazmente aún si cabe.
¡Kurt le necesitaba!
¡Tenía que soltarse y ayudarle en su lucha contra los soldados de Zora!
Kurt, de momento, había esquivado ya la lanza de uno de los hombres que intentaban reducirle, respondiendo con un golpe al costado derecho del tipo.
Se lo propinó con la espada, naturalmente.
Y no con el ancho del acero, sino con el filo, junto donde terminaba el peto metálico que protegía el pecho del soldado.
La espada, lógicamente, penetró en la carne del tipo, causándole una herida profunda, de la que inmediatamente salió la sangre a borbotones.
El soldado dio un alarido, se derrumbó, soltando la lanza.
Su compañero atacó también al terrestre, rabioso, pero Kurt le desvió la lanza con su espada y le estrelló el puño izquierdo en la boca, llenándosela de sangre y de dientes sueltos.
El soldado se vino abajo, aullando, después de soltar la lanza.
Kurt se apresuró a recogerla, porque le parecía un arma mucho más efectiva que la espada.
Zora, roja de cólera, gritó:
—¡Prendedlo, estúpidos! ¡Atacadle todos a la vez!

Los cuatro soldados que permanecían cerca de Thick, Tara y Wella fueron inmediatamente hacia Kurt.

Por suerte, en ese preciso instante saltaron las ligaduras de Thick, tras un último y titánico esfuerzo.

—¡Al fin! —exclamó, y saltó en seguida sobre la espada del soldado que tenía más cerca. Le pasó el brazo izquierdo por el cuello, tiró con fuerza hacia atrás y se escuchó un sonoro crujido de vértebras.

El soldado puso los ojos bizcos y se desplomó, con el cuello roto.

Thick se apoderó de la lanza del tipo antes de que el arma cayera al suelo.

Otro soldado le atacó, pero el rubio burló el lanzazo y, antes de que el tipo pudiera enmendar el fallo, le atravesó con su lanza.

Zora empezó a perder el color.

Y con razón, porque las cosas se estaban poniendo feas, pero que muy feas, para sus soldados.

Habían muerto dos, un tercero tenía una espantosa herida en el costado y otro tenía la boca destrozada.

Por si fuera poco, Kurt se cargó a uno de los soldados que quedaban en pie, atravesándole el vientre con su lanza.

El que tenía la boca destrozada intentó ponerse en pie, pero Thick le clavó su lanza en la

nuca y acabó con él instantáneamente.

Como sólo quedaba un soldado en condiciones de luchar, Zora echó a correr. Pretendía alcanzar la puerta del salón del trono y pedir refuerzos, pero Kurt la vio y se lanzó tras ella, indicando:

—¡Ocúpate del soldado que queda, Thick! ¡Yo atraparé a Zora!

—¡Entendido! —respondió el rubio, y golpeó con su lanza las piernas del soldado. El tipo cayó al suelo, dando un grito.

Y antes de que pudiera levantarse Thick le clavaba la lanza en la garganta.

El soldado desorbitó los ojos y emitió un escalofriante sonido gutural, antes de expirar. Zora estaba a punto de alcanzar la puerta cuando se vio atrapada por Kurt.

—¡Quieta, Zora!

—¡Suéltame, maldito! —gritó la soberana, forcejeando con él.

Kurt, que se había deshecho de la lanza, le puso la punta de la espada de Dathan, que aún conservaban debajo de la barbilla.

—¡Deja de moverte o te atravieso la garganta! Zora entendió y se quedó muy quieta.

Estaba pálida, temblorosa, asustada.

—Así está mejor —dijo Kurt—. Ahora volvamos con los míos.

Tenía agarrada a Zora por el brazo derecho, así que sólo tuvo que tirar de ella para que se pusiera en movimiento. Siguió, eso sí, amenazándole con la espada para que no intentara nada.

Thick estaba cortando ya las ligaduras de Tara y Wella.

—¿Cómo vamos a salir de aquí,

Kurt? —preguntó el rubio.
—Teniendo a Zora en nuestro poder no será difícil. Amenazaremos con matarla si no nos dejan el paso libre. Lo primero, sin embargo, es rescatar a Jerold y Len. Reanima a Dathan, Thick. El entiende nuestra lengua. Le ordenaremos que libere a Jerold y Len. Y no tendrá más remedio que obedecer —aseguró Kurt.

*
*
*

Dathan había vuelto ya en sí, gracias a los zarandeos y las sonoras bofetadas de Thick, que de esa manera se cobró los golpes que el jefe de la guardia personal de Zora le diera cuando él todavía tenía las manos atadas a la espalda y no podía defenderse.

Al ver que Zora estaba en poder de los terrestres, y que Kurt la amenazaba con su espada, Dathan no se atrevió a desobedecer las órdenes de Kurt y se encargó personalmente de liberar a Jerold y Len, regresando con ellos al salón del trono.

Wella y Tara los abrazaron, con lágrimas de emoción en los ojos.

Los de Jerold y Len se humedecieron, porque habían sufrido mucho en su cautiverio y ya habían perdido totalmente las esperanzas de recobrar la libertad.

Siempre bajo la amenaza de matar a Zora, Kurt consiguió que Dathan les devolviera sus armas y les proporcionara monturas, con las que se alejaron de palacio, llevándose a la soberana como rehén.

Kurt, sin embargo, prometió a Dathan que dejarían a Zora en libertad, sin causarle

ningún daño, cuando alcanzasen su nave.

Y cumplió su palabra.

Tal vez Zora no se lo merecía, pero era una mujer y no hubiera estado bien matarla, así que la dejaron libre sin hacerle nada. Ni siquiera le arrebataron las valiosas joyas que lucía.

Habían ido a Gluto a rescatar a Jerold y Len, no a robarle nada a Zora; y lo demostraron de esa manera.

Los terrestres subieron rápidamente a la nave.

Segundos después los reactores se encendían y la *Star-CX* despegaba, alejándose de Gluto, el pequeño y peligroso planeta del que milagrosamente habían conseguido escapar.

EPILOGO

La *Star-CX* se hallaba ya muy lejos de Gluto.

Wella y Tara se habían encargado de atender debidamente a Jerold y Len, curándoles las heridas y los golpes. El estado físico actual de ambos era lamentable, pero se recuperarían descansando, durmiendo muchas horas y alimentándose bien.

Jerold y Len habían dado las gracias a Kurt y Thick, a quienes, sin ningún género de dudas, debían no sólo la vida, sino el haberse ahorrado muchos sufrimientos.

Jerold había sido instalado en el camarote de su hermana, y Len, en el de Tara. Esto, sin embargo, no suponía ningún problema, porque Tara pensaba compartir el camarote de Kurt y Wella el de Tick.

En cuanto Jerold y Len se quedaron dormidos, Wella y Thick se trasladaron al camarote de éste, mientras que Tara fue a la cabina de mandos, donde se encontraba Kurt, pilotando la nave.

Las ensangrentadas muñecas de Thick habían sido curadas también por Wella, que se había puesto su corta y brillante bata. En cuanto entraron en el camarote,

Thick la abrazó y la beso en los labios, con mucho ardor.

Antes de que el beso concluyera Thick le abrió la bata y le acarició los senos, expertamente, consiguiendo que Wella se estremeciera de placer.

Luego, se miraron a los ojos.

—¿Sabes lo que voy a hacer cuando lleguemos a la Tierra, Wella?

—Llamar a la pelirroja Suzzanne, alias «Mis Pechos». Thick movió la cabeza.

—Te equivocas. No volveré a llamar a Suzzanne ni a ninguna otra mujer, porque pienso casarme contigo.

—¿En serio? —exclamó Wella, respingando de alegría.

—Te quiero, Wella.

—¡Y yo a ti, Thick! —respondió la hermana de Jerold.

Volvieron a besarse con pasión, antes de echarse en la litera para hacer el amor.

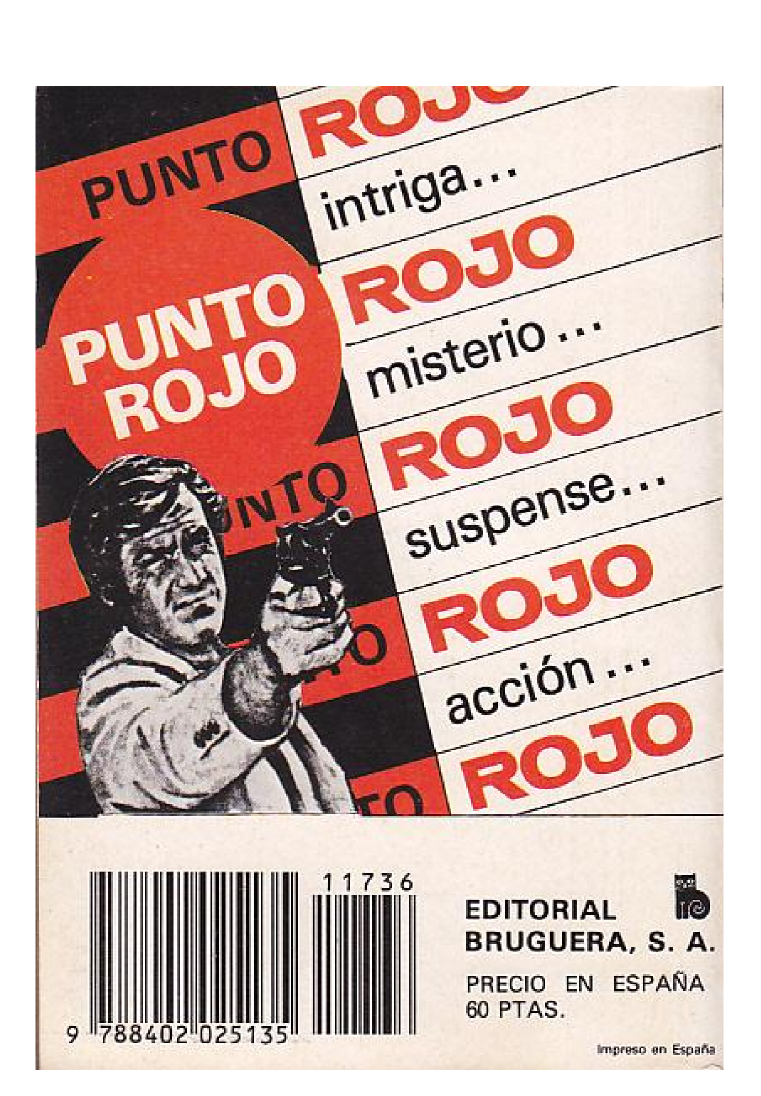
*

*
*

En la cabina de mandos, Kurt había conectado el piloto automático, porque tenía a Tara sentada sobre sus rodillas. Se estaban besando y acariciando.
Tara, como Wella, se había puesto una bata corta y brillante, pero Kurt se la había abierto de par en par para poder besarle los pechos.
—Kurt...
—¿Qué?
—Te amo.
—Yo también.

—¿Lo suficiente como para casarte conmigo?
—Pensaba decírtelo en cuanto llegásemos a la Tierra.
—¡Oh, Kurt, qué feliz me haces! —exclamó Tara, y le besó con vehemencia.
Kurt le devolvió el beso y siguió cubriéndola de caricias, mientras la *Star-CX* surcaba el espacio sideral a gran velocidad, rumbo a la Tierra.

F
I
N



11736

9 788402 025135

EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.

PRECIO EN ESPAÑA
60 PTAS.

Impreso en España